



Universiteit
Leiden
The Netherlands

El Ateneo de Madrid y el tercer centenario del Quijote en 1905

Storm, H.J.; Nuria Martínez de Castilla Muñoz

Citation

Storm, H. J. (2008). El Ateneo de Madrid y el tercer centenario del Quijote en 1905. In *Don Quijote en el Ateneo de Madrid* (pp. 11-47). Madrid: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/14392>

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Leiden University Non-exclusive license](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/14392>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

**EL ATENEO DE MADRID Y EL TERCER
CENTENARIO
DEL *QUIJOTE* DE 1905**

ERIC STORM

POST-PRINT

ORIGINAL EN:

Nuria Martínez de Castilla Muñoz ed., *Don Quijote en el Ateneo de Madrid* (Sociedad
Estatad de Conmemoraciones: Madrid 2008) pp. 11-47.

EL ATENEO DE MADRID Y EL TERCER CENTENARIO
DEL *QUIJOTE* DE 1905

ERIC STORM

LA celebración del tercer centenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, en la primavera de 1905, fue un acontecimiento clave en el desarrollo cultural y político de España. Tendría que haber sido un punto culminante del nacionalismo liberal, pero fue el principio de su declive. Al mismo tiempo, la conmemoración fue el triunfo definitivo de una nueva generación, ya que los libros más importantes del centenario fueron escritos por algunos de sus principales representantes. A principios de 1905, Unamuno publicó su *Vida de Don Quijote y Sancho* y algunos meses más tarde Azorín escribió una de sus obras maestras, *La ruta de Don Quijote*. Otra obra de referencia durante el centenario, aunque de menor valor literario, fue la biografía de Cervantes escrita por Francisco Navarro Ledesma, una figura secundaria de la misma generación del 98. El lugar donde las dos tendencias se manifestaron más claramente fue el Ateneo de Madrid. Este club, cuyos socios formaban la élite cultural y política del país, funcionó en el curioso sistema político de la Restauración como la plataforma intelectual de la oposición política del momento, representada en este caso por los liberales. No obstante, durante el centenario, los escritores y oradores liberales y republicanos de prestigio dejaron en buena parte el campo libre a jóvenes como Navarro Ledesma y Azorín, que fueron los principales participantes en las conferencias organizadas en el Ateneo. Un análisis detenido de estos discursos y de su contexto nos puede aclarar muchos aspectos de este relevo generacional de gran trascendencia tanto por el desarrollo cultural de España como por su posterior trayectoria política.

EL NACIONALISMO EN EL SIGLO XIX

A pesar de ser el tercer centenario de la publicación de la famosa novela de Cervantes, era la primera vez que se celebraba. Nunca antes se había conmemorado su publicación, ni la de otro libro. Lo que sí empezaba a ser ya una tradición era la organización de centenarios de grandes hombres del pasado. Objeto de este tipo de festejos fueron, principalmente, escritores o artistas que habían hecho una contribución primordial al patrimonio cultural de la nación. No obstante, en España, esta tradición solo existía desde 1881, puesto que el segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca, en mayo de aquel año, fue la primera conmemoración que se festejó a gran escala. La comparación con otros países, que se adelantaron hasta dos décadas al caso español, pone de manifiesto que este tipo de celebraciones era el producto de una nueva fase del nacionalismo: la de la «nacionalización de las masas».¹ Para situar mejor esta fase este período es necesario un breve repaso de la historia del nacionalismo.

El nacionalismo como movimiento político nació durante la Revolución Francesa, en concreto, el día 17 de junio de 1789, cuando el Tercer Estado se renombró a sí mismo «Assemblée Nationale». La Asamblea afirmó ser la representación de la nación francesa y, en su nombre, se puso a redactar una constitución. El nacionalismo, por tanto, surgió como una ideología liberal opuesta principalmente al Antiguo Régimen. En España, el nacionalismo se expresó por primera vez en la Guerra de la Independencia, concretándose en las Cortes de Cádiz

¹ Término empleado por George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism and Mass Movement in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

y la Constitución de 1812. En nombre de la soberanía de la nación, se luchaba tanto contra la invasión francesa como contra el Antiguo Régimen.²

La vuelta del absolutismo a raíz del Congreso de Viena en los años 1814-1815 y de la vuelta de Fernando VII a España fue un serio revés para los ideales nacionalistas. El concepto de la soberanía de la nación, con todas sus consecuencias políticas, ya no era reconocido en ningún país europeo. Mientras que las décadas anteriores habían sido muy fructíferas para la elaboración de los ideales políticos del nacionalismo, ahora, perdido el poder político por parte de los liberales, se empezó a reforzar la ideología nacionalista en la vertiente cultural. Esto tuvo un significado trascendente para la historia. En vez de describir el pasado de una ciudad, de una región, de un condado, de un reino, de un monasterio, de la Iglesia o de la civilización europea, los historiadores empezaron a dedicarse casi exclusivamente a describir el pasado de la propia nación.³ El relato de su glorioso pasado, sus héroes y su patrimonio, funcionó implícitamente como legitimación de las justas aspiraciones políticas de la nación: un Estado propio, igualdad ante la ley, derecho a voto y un sistema parlamentario. No obstante, durante la primera mitad del siglo XIX, en los países donde los ciudadanos recibieron algunos derechos políticos, la nación fue limitada de hecho a quienes contaban con bienes, tiempo y educación suficientes para poder participar en la vida política del país.⁴

Esto empezó a cambiar en la segunda mitad del siglo XIX con el avance del constitucionalismo liberal en muchos países europeos. Cada vez más ciudadanos tenían derecho a voto y el absolutismo perdía cada vez más terreno, sobre todo después de 1848. De este modo, la ideología nacionalista dejó de dirigir sus fuerzas contra el Antiguo Régimen y fue transformándose paulatinamente para poder integrar más ciudadanos en el marco de la nación.. Este proceso se aceleró de manera urgente cuando la introducción del sufragio universal aumentó las posibilidades electorales del movimiento socialista, que fue considerado como una amenaza para el sistema liberal e incluso para la cohesión de la nación. Empezaba entonces la fase de la nacionalización de las masas, que lógicamente iba a tener importantes consecuencias en el modo de difundir el mensaje nacionalista. Hasta 1870, la vida política en todo el continente europeo estaba dominada por un pequeño grupo de notables, y ellos fueron los primeros objetivos de la propaganda nacionalista. Sin embargo, con la entrada de nuevas capas sociales en la vida política, esta situación empezó a cambiar. El nacionalismo ya no tenía la función de legitimar el sistema liberal, sino de incluir en él a nuevos grupos sociales. El gran número de novelas, cuadros y tratados eruditos sobre el pasado nacional o su geografía, que se llevaron a cabo desde la primera mitad del siglo XIX estaba pensado para un público cultivado. Sin embargo, el mensaje nacionalista tenía ahora que conquistar la calle. Los cuadros que podían admirarse en salones y museos fueron así desplazados por las estatuas que se levantaron en las plazas más emblemáticas de las principales ciudades para que todos pudieran verlas. Fiestas nacionales, monumentos, himnos nacionales e imponentes edificios estatales tenían que enseñar la grandeza de la nación a todos los habitantes del país.⁵

También ocurrió así en España, aunque el proceso fue más lento que en otros países europeos. Como Estado antiguo, sin claro enemigo exterior y, de momento, sin movimiento obrero fuerte, los círculos dirigentes españoles no sentían la necesidad de fomentar la conciencia

² Véase, por ejemplo, Eric Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; y Hagen Schulze, *Staat und Nation in der Europäischen Geschichte*, München, Beck, 1994.

³ Véase, por ejemplo, Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIII^e-XX^e siècle*, Paris, Seuil, 1999; y para España, José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001.

⁴ Durante esta época los países con un sistema más o menos liberal utilizaban el sufragio masculino censitario. Otro obstáculo para participar en la vida política era el hecho de que los puestos políticos no fueran remunerados, es decir, que solo quienes contaban con bienes suficientes o con otra fuente de ingresos podían dedicarse a la política..

⁵ John R. Gillis (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity*, Princeton, Princeton University Press, 1994. Para la política nacionalizadora española en el campo simbólico, véase sobre todo Carlos Serrano, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, Madrid, Taurus, 1999.

nacional de una población mayoritariamente rural y analfabeta. A pesar de ello, en Madrid aparecieron cada vez más estatuas y monumentos, siendo el más imponente el de Colón, regalo de los Títulos del Reino al rey Alfonso XII con motivo de su enlace matrimonial en 1878. De este modo, entre 1875 y 1898 se levantaron dieciséis monumentos públicos en la capital. Solo después del desastre de 1898, con la pérdida de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, y la despedida definitiva de España del rango de gran potencia y el consiguiente auge del movimiento catalán y vasco, parecía más urgente fomentar la unidad nacional. Así en 1901, tres años después de haber sido asesinado, el gran líder conservador Cánovas del Castillo tenía ya su monumento delante del Senado, costeado «por suscripción nacional y voluntaria». Y en 1902, para celebrar la mayoría de edad de Alfonso XIII, el Ayuntamiento liberal de Madrid levantó nada menos que seis monumentos: al héroe de Cuba Eloy Gonzalo, a los políticos Agustín Argüelles y Bravo Murillo, a los escritores Lope de Vega y Quevedo y al pintor Goya.⁶

Por las mismas fechas también se empezó a construir el único monumento nacional que podía competir con sus más importantes rivales en el extranjero: el levantado a Alfonso XII en el parque del Retiro. Ya en 1887, dos años después de la muerte del joven rey, su viuda había firmado una ley que ordenaba la creación de una estatua ecuestre de su difunto marido. Significativamente, nada se hizo para conmemorar al primer rey de la Restauración. Después del Desastre, los tiempos parecían más idóneos para erigir un monumento a Alfonso XII como símbolo de la unidad de la patria; de modo que un Real Decreto de febrero de 1901 anunció un concurso para la adjudicación de la obra. Gracias al genio del arquitecto José Grasés Riera, quien propuso un «monumento a la Patria española» personificado en su rey y colocado al borde del estanque del Retiro, Madrid obtuvo un monumento impresionante. No obstante, la inauguración solo se realizó en 1922, cuando todavía faltaban algunas esculturas.⁷

En cuanto a la dignificación de la capital para impresionar tanto a forasteros como a los propios ciudadanos, Madrid también entró tarde en escena. Mientras que en Bruselas, París, Viena, Berlín, Londres, Roma y Washington se construyeron avenidas espaciosas y edificios monumentales, culminando en la Torre Eiffel de 1889, en la capital española no se hizo mucho en este aspecto. Parece que en España la oposición católica incluso era más activa en este punto que los partidos gubernamentales. Aparte de las tradicionales procesiones, en los años ochenta y noventa del siglo XIX, la Iglesia también organizó peregrinaciones masivas y efemérides propias. Empezó, de este modo, la construcción de una catedral en Madrid, al tiempo que se emprendían grandes obras en otros lugares: una catedral en Vitoria, la Sagrada Familia en Barcelona, una basílica dedicada a Santa Teresa en Alba de Tormes y otra basílica en Covadonga para conmemorar el inicio de la Reconquista.⁸

Por parte del Estado, solo comenzaron a realizarse algunos proyectos a partir de 1898. Así, en 1898 y en 1902 las fuentes de Neptuno y Cibeles fueron colocadas en su sitio actual, formando «rond-points» según la nueva moda. En 1903 se adjudicó el proyecto para un nuevo edificio central de Correos en Cibeles, lo que los madrileños llamarían más tarde «Nuestra Señora de las Comunicaciones». Antonio Palacios y Joaquín Otamendi trazaron un edificio monumental y cosmopolita, pero también introdujeron elementos nacionales, o como decían los arquitectos: «nos hemos inspirado en el estilo que en nuestra nación se ha considerado más castizo, en el Renacimiento español». Un año más tarde se aprobó el proyecto de la Gran Vía, que tenía que conectar la calle de Alcalá —donde se iniciaron las obras en 1910— con la Plaza de España.⁹ Por

⁶ Véase María del Socorro Salvador Prieto, *La escultura monumental en Madrid: Calles, plazas y jardines públicos (1875-1936)*, Madrid, Universidad Complutense, 1990; Juan José Martín González, *El monumento conmemorativo en España 1875-1975*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1996, y Carlos Reyero, *La escultura conmemorativa en España. La edad de oro del monumento público, 1820-1914*, Madrid, Cátedra, 1999.

⁷ José Ramón Alonso Pereira, «El monumento a Alfonso XII», *Villa de Madrid*, XVI, 61, 1978-IV, págs. 27-37.

⁸ María Victoria López-Cordón Cortezo, «La mentalidad conservadora durante la Restauración», en José Luis García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, 1985, págs. 71-111.

⁹ José Ramón Alonso Pereira, *Madrid, 1898-1931. De corte a metrópoli*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1985, págs. 22-43, y «El Palacio de Comunicaciones en la arquitectura madrileña», *Villa de Madrid*, XVII, 66, 1980-I, págs. 43-51.

las mismas fechas, se inauguró el Panteón de los Hombres Ilustres en Atocha. Por fin, el país tenía una morada para sus muertos insignes, su museo civil de vidas ejemplares. Sin embargo, en pocos años se dejó de utilizar para enterrar nuevos prohombres de la Patria.¹⁰

En cuanto a las conmemoraciones, el tercer centenario del *Quijote* tenía que ser lo que fue el monumento a Alfonso XII para la escultura conmemorativa y lo que el Palacio de Comunicaciones y la Gran Vía para la dignificación de la capital. Cuando en 1903 se tomó la iniciativa de celebrarlo, el autor del llamamiento, Mariano de Cavia, afirmó que «es menester que en 1905 se haga la más luminosa y esplendorosa fiesta que jamás ha celebrado pueblo alguno en honor de la mejor gloria de su raza, de su habla y de su alma nacional»¹¹. Desafortunadamente para el autor, esto resultó en gran parte un ensueño.

LAS CONMEMORACIONES

La primera conmemoración de un héroe nacional fue probablemente el primer centenario del nacimiento del poeta Schiller, que se celebró en 1859 en muchas ciudades de una Alemania todavía dividida con festividades, conferencias, desfiles y conciertos. Por lo tanto no era un acontecimiento erudito dirigido a un pequeño público de especialistas, sino una fiesta destinada a gran parte de la población. Lo que se celebraba no era tanto el poeta, sino su contribución a la cultura nacional, y el fin no era tanto la difusión de sus poemas, sino fomentar la unidad de la nación y reforzar el sentimiento nacional. En las décadas siguientes, nuevos países como Italia y Bélgica y países con un nuevo régimen como la III República Francesa siguieron el ejemplo alemán. Cuando en 1880 también una nación antigua como Portugal organizó la conmemoración de Camões, algunos españoles se dieron cuenta de que su país no podía quedar atrás. De modo que algunos publicistas y políticos progresistas, todos hombres del Sexenio, tomaron la iniciativa de conmemorar el segundo centenario de la muerte de Calderón de la Barca en mayo de 1881. El gobierno conservador de Cánovas del Castillo apoyó la propuesta firmando una Real Orden que recomendaba a las corporaciones oficiales contribuir a la celebración del centenario. Durante ocho días hubo fuegos artificiales, serenatas, conferencias, banquetes y una grandiosa procesión histórica. Los actos congregaron a un público nutrido y entusiasta, y se calculó que cien mil forasteros habían venido a presenciar la conmemoración.¹²

En 1892, se celebró, también a lo grande, el centenario de Colón o, mejor dicho, el cuarto centenario del Descubrimiento de América. La iniciativa la tomaron algunos ciudadanos, aunque fue el gobierno liberal el que, a partir de 1888, se hizo cargo de la organización. Sin embargo, la creación de una Comisión Real, a propuesta del jefe de Gobierno Sagasta, fue más bien una respuesta a la alarma que habían producido las noticias acerca de los preparativos realizados para conmemorar el mismo hecho en los Estados Unidos, y que incluía una exposición internacional en Chicago. Solo después de la entrada de los conservadores en el poder, y bajo el mando enérgico de Cánovas del Castillo, empezó a notarse el empuje gubernamental. Una nueva Junta del Centenario tuvo un papel destacado y, más que en el caso de Calderón, la conmemoración fue un acontecimiento nacional. En todo el país se organizaron conferencias, exposiciones, cabalgatas, homenajes, conciertos y actos similares. El viaje que hizo la Regenta a Andalucía, acompañada por el jovencísimo príncipe Alfonso y el presidente del Consejo de Ministros, para asistir a los festejos más importantes fue todo un éxito. Solo las festividades en Madrid no estuvieron a la altura de las circunstancias, debido a graves problemas políticos en el

¹⁰ Javier Varela, *La muerte del rey. El ceremonial funerario de la monarquía española (1500-1885)*, Madrid, Turner, 1990, págs. 186-187, y Carolyn P. Boyd, «Un lugar de memoria olvidado: el Panteón de Hombres Ilustres en Madrid», *Historia y Política (Nacionalismo español: Las políticas de la memoria)*, XII, 2004, págs. 15-41.

¹¹ Mariano de Cavia, «La celebración del tercer centenario de *Don Quijote*», *El Imparcial*, 2 de diciembre de 1903.

¹² José Fernández Bremon, «Crónica general», *La Ilustración Española y Americana* XXV, 20, 30 de mayo de 1881, págs. 350-351; *Segundo centenario de don Pedro Calderón de la Barca. Su biografía. Programa de los festejos. Y calles y plazas de Madrid*, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1881, págs. 10-21, y Emilio Castelar, «El centenario de Calderón», *La Ilustración Española y Americana*, XXV, 19, 22 de mayo de 1881, págs. 318-322.

Ayuntamiento. La excepción fue el Ateneo de Madrid, donde se pronunciaron 55 conferencias sobre el descubrimiento del Nuevo Continente.¹³

Aparte de estos dos éxitos, quizá debidos más a la competencia internacional que a necesidades de política interior, los gobiernos no mostraron mucho interés en fomentar la conciencia nacional entre la población organizando otros centenarios a gran escala. Así, el centenario de Murillo de 1882 en Madrid fue un acontecimiento de poca sustancia, mientras que en Sevilla sí se realizaron muchas actividades, aunque casi todas organizadas por el clero. En su ciudad natal, Murillo no fue exaltado como el genial representante de la Edad de Oro de la pintura española, sino como el pintor religioso por excelencia. Los festejos, por tanto, estaban dedicados a la Inmaculada, al papa Pío IX y a Murillo. Esto suscitó una fuerte reacción anticlerical e incluso se lanzó alguna piedra. De esta forma, en vez de estimular la unidad nacional, el centenario fomentó el desacuerdo. El clero y los círculos católicos, por lo visto, no intentaron tanto fomentar la conciencia nacional como propagar la adhesión a la Iglesia. El nacionalismo, que conllevaba la idea de la soberanía nacional con sus implicaciones liberales e incluso democráticas, era combatido todavía por los católicos, por ejemplo, con la organización de sus propias conmemoraciones. Así, en octubre de 1882 se celebró el centenario de Santa Teresa, mientras que en mayo de 1889 se festejó el decimotercer centenario de la conversión de Recaredo, es decir, de «la conversión de España al catolicismo».¹⁴

Con el Desastre de 1898 todo pareció cambiar. El tercer centenario del nacimiento de Velázquez, que se celebró en junio de 1899, llegaba demasiado pronto. Con la memoria del Desastre todavía viva, convenía organizar una fiesta digna y respetable. De este modo las actividades se llevaron a cabo casi exclusivamente en Madrid: exposiciones, conferencias, cenas y homenajes dirigidos en su mayor parte a un público selecto. Solamente la proyección de diapositivas en la fachada del Museo del Prado en la noche del 6 de junio y la apertura de todos los museos y monumentos del país el último día del centenario fueron actos pensados para el gran público.¹⁵ Con el centenario del *Quijote* esto iba a ser diferente.

Pocos meses después de la derrota humillante en la guerra contra Estados Unidos, Benito Pérez Galdós expuso su idea de que, tras la pérdida de las colonias, el mayor objeto de orgullo nacional era el gran pasado cultural de España y, en concreto, la inolvidable novela de Cervantes. En dos artículos en la revista semanal *Vida Nueva*, de reciente creación, Galdós afirmó que por desgracia no todo el mundo era todavía consciente de ello y que solo se honraba a Cervantes con una estatua miserable en la Plaza de las Cortes. Cervantes y Don Quijote se merecían más, según el escritor.¹⁶ Aunque él mismo no tomaría la iniciativa de cambiar esta situación lamentable, parece que sus artículos dejaron huella entre algunos de los colaboradores de la revista; de hecho, quienes empezaron a promover el centenario del *Quijote* en 1903: Mariano de Cavia, Jacinto Octavio Picón y José Ortega Munilla, habían sido estrechos colaboradores de *Vida Nueva*, e incluso su joven director, Dionisio Pérez, reclamó más tarde que la idea inicial de la celebración del centenario había sido suya.¹⁷

Sea como sea, lo que llama la atención es que los principales promotores de la conmemoración habían colaborado con *Vida Nueva* (que en 1901 había pasado a mejor vida), ya que además de a muchos escritores republicanos y liberales reconocidos como Galdós, Cavia, Picón y Ortega Munilla, la revista también abrió sus páginas a nuevos valores como Miguel de Unamuno, Azorín (todavía bajo su propio nombre Martínez Ruiz), Ramiro de Maeztu y

¹³ Salvador Bernabeu Albert, *1892: El IV centenario del descubrimiento de América en España*, Madrid, CSIC, 1987.

¹⁴ María de los Santos García Folguera, «Centenarios de artistas en el fin de siglo», *Fragmentos*, XVI-XVII, 1989, págs. 71-77, y José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*, cit., págs. 449-453.

¹⁵ María de los Santos García Folguera, art. cit., págs. 80-82, y Alisa Luxenberg, «Regenerating Velázquez in Spain and France in the 1890's», *Boletín del Museo del Prado*, XXVII, 35, 1999, págs. 125-150.

¹⁶ Benito Pérez Galdós, «Cervantes», *Vida Nueva*, I, 21-22, 30 de octubre y 6 de noviembre de 1898.

¹⁷ Dionisio Pérez, «Madrid», *Nuevo Mundo*, XII, 591, 4 de mayo de 1905. En el diario *ABC* ya había aparecido una noticia que confirmó el papel de Dionisio Pérez, que por entonces era colaborador de este diario. Véase «El centenario del *Quijote*», *ABC*, 4 de diciembre de 1903.

Francisco Navarro Ledesma. La redacción de la revista abogó por la necesidad de la modernización —o como entonces se solía llamar, la regeneración— económica, política y cultural del país. La orientación fundamentalmente social-liberal y de nacionalismo moderado era, a grandes rasgos, también la de *El Imparcial*, el diario desde el que Cavia lanzó su iniciativa. Joaquín Costa, que también había sido colaborador de *Vida Nueva*, había intentado remodelar la revista y convertirla en la portavoz de su Unión Nacional, mientras que, más tarde, Rafael Gasset, el propietario de *El Imparcial*, intentó sacar adelante la política hidráulica que Costa deseaba como ministro de Agricultura en gobiernos de diferentes tendencias.¹⁸

De hecho, la iniciativa de celebrar el centenario del *Quijote* vino de las oficinas de *El Imparcial*, el periódico liberal más importante del país. El redactor jefe, José Ortega Munilla —el padre del filósofo José Ortega y Gasset— y su colaborador Jacinto Octavio Picón intentaron conseguir a lo largo de 1903 apoyo para su plan dentro de la Real Academia, de la que ambos, como destacados novelistas, eran miembros. El día 2 de diciembre de 1903, el columnista principal del diario, Mariano de Cavia, hizo un llamamiento que ocupó toda la portada del periódico para organizar en mayo de 1905 una conmemoración a gran escala con motivo del tricentenario de la publicación de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Algunos días más tarde, Ortega Munilla y Picón —que también tenían un escaño en el Parlamento, el primero como liberal independiente y el segundo como republicano— pidieron públicamente al gobierno que les otorgara su ayuda en el proyecto. El gobierno conservador de Antonio Maura, que se había instalado por esas mismas fechas, prometió algunas semanas más tarde que apoyaría la iniciativa y que constituiría un comité que coordinara las distintas actividades.¹⁹

El centenario del *Quijote* estaba pensado sin duda para estimular la conciencia nacional de la población y promover la modernización del país. Esto se desprende claramente del artículo de Mariano de Cavia que, por cierto, fue recibido con aprobación general. Según Cavia, la conmemoración debía ser un importante paso hacia un renacimiento nacional. Habría que invitar a todos los países a que tomaran parte en las festividades y había que hacer sitio para la participación de las antiguas colonias. Este centenario superaría a todos los pasados centenarios que se hubieran celebrado en cualquier lugar y volvería a colocar a España en el mapa mundial. Para implicar a todo el pueblo en esta conmemoración, los festejos debían tener un carácter popular. Para ello, estos no podían limitarse a Madrid y Alcalá de Henares, la ciudad natal de Cervantes, sino que habría que organizar actividades para todos los gustos por todo el país. Cavia propuso, además, hacer una edición barata del libro inmortal para que en ningún hogar «donde se hable la lengua castellana, nunca se eche de menos la Biblia del buen humor»²⁰.

Aunque había tiempo y entusiasmo suficientes para organizar unos festejos grandiosos, el resultado final no convenció a todos. Muchas corporaciones, asociaciones e instituciones participaron en la empresa, y en las ciudades y pueblos de provincias se organizaron actividades de todo tipo destinadas a subrayar la contribución de cada localidad a la novela o a la vida de Cervantes, suscitando al tiempo el orgullo local y nacional. En Madrid, en cambio, las fiestas no estuvieron del todo al nivel deseado. Hubo discursos, reuniones, conferencias, muchas publicaciones y exposiciones, pero la participación popular fue muy limitada, y no solo por el mal tiempo. La retreta militar del domingo 7 de mayo, la batalla de flores y la procesión cívica no causaron gran impresión, y la edición popular del *Quijote*, propuesta por Cavia, no llegó a realizarse. El día 9, además, durante la actuación de un gran número de coros procedentes de

¹⁸ Véanse, respectivamente, Domingo Paniagua, *Revistas culturales contemporáneas, I. De «Germinal» a «Prometeo» (1897-1912)*, Madrid, Punta Europa, 1964, págs. 46-56; María Pilar Celmo Valero, *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991, págs. 43-47; Manuel Ciges Aparicio, *Joaquín Costa. El gran fracasado*, Madrid, Espasa-Calpe, 1930, pág. 138, y Juan Carlos Sánchez Illán, *Prensa y política en la España de la Restauración. Rafael Gasset y «El Imparcial»*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

¹⁹ Mariano de Cavia, «La celebración del tercer centenario de *Don Quijote*», cit.; «El centenario del *Quijote*. En el Congreso. Consagración oficial del centenario», *El Imparcial*, 15 de diciembre de 1903, y Miguel Sawa y Pablo Becerra (eds.), *Crónica del centenario del Don Quijote*, Madrid, Sucesores de Hernando, 1905, págs. 103-105.

²⁰ Mariano de Cavia, «La celebración del tercer centenario de *Don Quijote*», cit.

todo el país, a la que el público sí acudió en masa, hubo varios heridos a causa de la imprevisión de las autoridades.²¹

La falta de éxito se explica en parte por la situación política del momento. Probablemente, el problema principal fue la diferencia ideológica entre los que tomaron la iniciativa, liberales y republicanos, y el gobierno en funciones de signo conservador. De este modo, *El Imparcial*, que después de diciembre de 1903 seguía teniendo un papel primordial para promover «su centenario», liderado por el propietario Rafael Gasset y su cuñado Ortega Munilla, se opuso radicalmente a la política de Maura.²² No era de esperar que Maura fuera a gastar mucho dinero y energía a un proyecto ideado por sus adversarios políticos. Otra cuestión relacionada con esta circunstancia era el hecho de que tanto el Partido Conservador como el Partido Liberal estaban fuertemente divididos en varias facciones. En ambos existía una lucha abierta por el liderazgo del partido, que había quedado vacante después de la muerte de Cánovas en 1897 y la de Sagasta en 1903. Esto propició, justo en estos años, una fuerte inestabilidad gubernamental. Así, en diciembre de 1904, después de apenas un año, el gobierno de Maura cayó para ser sucedido durante dos meses por el gobierno-puente de Azcárraga, y en enero de 1905, por Raimundo Fernández Villaverde, todos miembros del mismo Partido Conservador. Estos cambios de gobierno llegaban en un mal momento, cuando tan solo faltaban algunos meses para el centenario.

A esto había que añadir una cierta saturación en cuanto a homenajes culturales. Los días 18 y 19 de marzo de 1905, por ejemplo, se rindió homenaje a Echegaray, quien recibió el premio Nóbel de Literatura. En los primeros meses del mismo año, también el médico Ramón y Cajal y el músico Manuel García recibieron premios internacionales y, por consiguiente, tenían que ser festejados. Todas estas celebraciones eran como un bálsamo para la opinión pública, que podía enorgullecerse otra vez de España gracias a este reconocimiento internacional de algunos de sus mejores espíritus. Por tanto, cuando llegó la conmemoración del *Quijote*, una parte de la élite intelectual probablemente estaba un poco cansada de este tipo de celebraciones.

Aunque fuera de Madrid el centenario tuvo mucho eco, la conmemoración no llegó a igualar los éxitos de los centenarios de Calderón y de Colón, aunque después del Desastre los tiempos parecieran más idóneos para este tipo de celebraciones nacionales. Por lo visto, y como también se pondría de manifiesto en los discursos oficiales —que serán analizados más adelante—, los conservadores no tenían mucho interés en movilizar a las capas populares. Los liberales y los republicanos, que tenían más fe en las capacidades políticas de la gran masa de la población, por su parte, no lograron dejar su impronta sobre el centenario y, como veremos, muchos terminaron por abandonar su causa. Esta situación no iba a cambiar mucho en los años posteriores.

Políticos conservadores como Maura preferían impresionar y disciplinar a las masas en vez de movilizarlas y fomentar su participación política. Maura, por lo tanto, daba preferencia a la construcción de edificios imponentes como el Palacio de Comunicaciones, que al final se

²¹ Para una descripción detallada de los festejos por todo el país, véase la crónica «La celebración del tercer centenario del *don Quijote*», en *El Imparcial* de aquellos días, y Miguel Sawa y Pablo Becerra, ed. cit., págs. 281-552. Solo en Cataluña la crítica a los políticos se convirtió en crítica a Madrid: Carmen Riera, *El «Quijote» desde el nacionalismo catalán, en torno al tercer centenario*, Barcelona, Destino 2005. Para la decepción final, véase «Triste homenaje», *El Imparcial*, 10 de mayo de 1905; Eduardo Gómez de Baquero, «Crónica literaria. El centenario del *Quijote*. Lo que ha sido y lo que debió ser», *La España Moderna*, xvii, 198, junio de 1905, págs. 142-151, y Fernando Soldevilla, *El año político 1905*, Madrid, Imprenta de Enrique Fernández de Rojas, 1906, págs. 147-148.

²² Juan Carlos Sánchez Illán, *op. cit.*, págs. 164-172. Gasset fue el gran propulsor de la «política hidráulica» de Costa y en abril de 1900, después del fracaso de la Unión Nacional de Costa, Gasset fue nombrado ministro de Agricultura en el Gabinete de Francisco Silvela. Fue así como Gasset entró en el Partido Conservador que en aquel entonces era el partido que fomentaba una política de verdadera regeneración. No obstante, a partir de 1903, Gasset empezó a enfrentarse con Maura, cuya «regeneración política» hizo imposible las medidas para estimular la «regeneración económica» deseada por Gasset. Tanto es así que Sánchez Illán llegó a afirmar que la caída del gobierno de Maura en diciembre de 1904 fue en gran parte causada por la fuerte oposición de Gasset y *El Imparcial*. Poco después, en mayo de 1905, Gasset dejó el Partido Conservador para adherirse, al lado de Moret, al Partido Liberal.

convirtió en un proyecto de los conservadores, mientras que los gobiernos liberales prácticamente paralizaron las obras. Otro de los proyectos preferidos de Maura, con implicaciones nacionalistas, fue la reconstrucción de la Escuadra. En cambio, como presidente del Consejo de Ministros, Maura negó todo apoyo estatal al proyecto de conmemorar el centenario de Espronceda en 1908, probablemente por la ideología del poeta, y tampoco quiso subvencionar la celebración del centenario del Dos de Mayo. Asimismo, intentó impedir que el rey asistiera a las festividades coordinadas por el ayuntamiento de Madrid, que por aquel entonces estaba dirigido por los propios conservadores.²³

Los liberales y republicanos tenían otro proyecto nacionalista, que chocaba casi frontalmente con el de Maura. En vez de impresionar y disciplinar a la población, reforzando las Fuerzas Armadas y fomentando una sociedad paternalista donde la autoridad del Estado y de la Iglesia fuesen respetadas, los liberales y republicanos querían educar a la población y modernizar el país con el objetivo de ofrecer a los ciudadanos los medios para mejorar su situación económica. A diferencia de lo que habían hecho en los años ochenta y noventa —cuando casi todos los liberales todavía apoyaban el dogma de la no intervención del Estado en la sociedad y no veían la necesidad de cultivar la conciencia nacional con costosos monumentos y conmemoraciones, circunstancia que se puso de manifiesto sobre todo con el desinterés de Sagasta respecto al centenario de Colón—, los liberales empezaban a desarrollar una política activa en el campo simbólico. Ya lo vimos en los monumentos que se erigieron en 1902 y en la iniciativa de celebrar el centenario del *Quijote*.

Aunque en 1908 los liberales no estaban en el gobierno, los intelectuales y políticos liberales y republicanos intentaron aportar su granito de arena a los festejos del centenario del Dos de Mayo. La conmemoración del centenario de las Cortes de Cádiz fue apoyada abiertamente por el nuevo gobierno liberal de José Canalejas. De hecho, esto se tradujo en la celebración de tres conmemoraciones: la primera, en San Fernando, en septiembre de 1910; la segunda, de carácter local, en Cádiz en marzo de 1912, y la más aparatosa en octubre de 1912, también en Cádiz. Esta vez, el centenario fue sobre todo obra de liberales y republicanos. Pero a diferencia de lo que había sucedido en 1905 los liberales no se mostraron muy dispuestos a dar un papel protagonista al pueblo llano, sino que más bien querían la adhesión de todos a la Monarquía constitucional. Únicamente los republicanos organizaron actos dirigidos a la participación democrática y a la movilización de la opinión pública.²⁴

Esta actitud tímida por parte de las fuerzas progresistas que actuaban dentro del sistema político de la Restauración se puso también de manifiesto en 1914, cuando se conmemoró el tercer centenario de la muerte de El Greco. El Greco era, sin lugar a dudas, el héroe de los pintores y escritores innovadores, que en su mayoría tenían lazos estrechos con liberales y republicanos. Pero después de un inicio esperanzador, el centenario de El Greco en abril 1914 fue un acontecimiento con un alcance muy limitado y, como los conservadores estaban de nuevo en el poder, se vio completamente dominado por esta facción y por instituciones tradicionales como las Reales Academias. Lo mismo ocurrió con el decimosegundo centenario de la batalla de Covadonga en 1918. Como en otras ocasiones, esta iniciativa partió de los sectores reformistas: en 1913, el rector de la Universidad de Oviedo hizo un llamamiento al gobierno liberal para que

²³ Véanse, respectivamente, Alejandro Sawa, «Después del Centenario», *El Imparcial*, 20 de abril de 1908, [PÁGS.??]; «El rey y Maura», *El Imparcial*, 3 de mayo de 1908, [PÁGS.??]; Javier Moreno Luzón, «Entre el progreso y la virgen del Pilar. La pugna por la memoria en el centenario de la Guerra de Independencia», *Historia y Política (Nacionalismo español: Las políticas de la memoria)*, XII, 2004, págs. 41-79, y Chrisitan Demange, *El Dos de Mayo. Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid, Marcial Pons, 2004, págs. 205-265. Véase, para Maura, María Jesús González, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.

²⁴ Javier Moreno Luzón, «Memoria de la nación liberal: el primer centenario de las Cortes de Cádiz», *Ayer*, LII, 2003, págs. 207-235.

apoyara esta conmemoración a gran escala, pero al final, los conservadores lograron dominar lo que quedó de los planes.²⁵

Por lo tanto, podemos concluir que cuando los liberales volvieron al poder poco después de la Semana Trágica, la semana de violencia y anarquía que tuvo lugar en Barcelona en julio de 1909, habían perdido gran parte de su interés y entusiasmo por una política de movilización nacionalista. Aunque todavía estaban dispuestos a celebrar varios centenarios, ya no existía el empuje de antes. Así, la conmemoración de las Cortes de Cádiz fue un acontecimiento limitado que de ningún modo se podía comparar con los festejos de 1881, 1892 y 1905, mientras que los centenarios de El Greco y de Covadonga acabaron siendo ignorados casi por completo por los grupos progresistas. El impacto de la Semana Trágica parece jugar un papel especialmente importante en este cambio de rumbo.²⁶ A partir de esta fecha, muchos publicistas progresistas juzgaron demasiado peligroso movilizar activamente a las masas, y esto se hizo notar en la forma de celebrar las conmemoraciones. A partir de 1909, la mayoría de los políticos de izquierda que trabajaban dentro del sistema político de la Restauración preferían continuar los mecanismos del turno pacífico a fomentar la conciencia política de la población y tratar de movilizarla. Las redes clientelares tenían sus desventajas, pero también podían servir para amortiguar las tensiones sociales y evitar posibles intentos revolucionarios. Organizar conmemoraciones sin fomentar la participación masiva no tenía mucho sentido, así que los sectores liberales dejaron el campo a los conservadores y tradicionalistas, quienes, en vez de activar a la población, querían más bien provocar su adhesión y admiración hacia los logros de la nación española y del Estado central.

Sin embargo, los conservadores, después de la caída de Maura en 1909 parecían haber redescubierto la utilidad de este tipo de celebraciones para llevar a cabo una campaña nacionalizadora destinada sobre todo a desarmar a las masas, no a movilizarlas. El ejemplo más claro de esta tendencia fue un nuevo monumento «nacional» de grandes dimensiones, no dedicado a un rey demócrata, sino al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Ángeles, centro geográfico de España, pagado por suscripción pública e inaugurado en 1919 por el rey Alfonso XIII. El cambio se confirmó en los años veinte y treinta y, finalmente en 1936, cuando ser «nacionalista» era incompatible con ser liberal o «republicano». De modo que, en vez de ser un punto culminante de un nacionalismo liberal y abierto, el centenario del *Quijote* en 1905 fue el principio de su declive. En las décadas posteriores, el nacionalismo se convirtió poco a poco en lo que Álvarez Junco llama un «españolismo reactivo»; el nacionalismo se hizo unitario y autoritario, muy preocupado por los movimientos regionalistas y proclive al militarismo.²⁷

LA CONMEMORACIÓN DE 1905: LOS DISCURSOS OFICIALES

Antes de analizar la contribución de las conferencias pronunciadas en el Ateneo, es necesario dar un breve repaso a los discursos oficiales del tercer centenario del *Quijote*. Como los conservadores estaban en el gobierno, ellos podían determinar en gran parte el contenido de las ceremonias oficiales, entre las cuales figuraban la fiesta con la que la Universidad Central honró a Cervantes la mañana del lunes 8 de mayo de 1905 y la sesión conmemorativa en la Real Academia esa misma tarde, en la cual Alfonso XIII leyó un decreto abriendo una suscripción nacional para levantar en Madrid un gran monumento a Cervantes (que, por cierto, no tendría resultado ninguno hasta 1916, cuando se celebró el tercer centenario de la muerte de Cervantes). Para los discursos, que tuvieron un amplio eco en la prensa, se eligió a Juan Valera para la Real Academia y a Marcelino Menéndez Pelayo, director de la Biblioteca Nacional, para la Universidad Central.

²⁵ Véase Eric Storm, «Las conmemoraciones de héroes nacionales en la España de la Restauración. El centenario de El Greco de 1914», *Historia y Política (Nacionalismo español: las políticas de la memoria)*, XII, 2004, págs. 79-105, y Carolyn P. Boyd, «The second battle of Covadonga. The politics of commemoration in Modern Spain», *History & Memory* XIV, 1-2, 2002, págs. 37-65.

²⁶ Eric Storm, «The problems of the Spanish nation-building process around 1900», *National Identity*, VI, 2004, págs. 143-157.

²⁷ José Álvarez Junco, *Mater dolorosa...*, cit., págs. 601-607.

Esta decisión tenía su lógica: Valera era el único autor de renombre que ya en 1864 había dedicado un amplio ensayo a la obra maestra de Cervantes, y Menéndez Pelayo, el mejor conocedor de la historia literaria del país, era una figura idónea para una aportación científica. No obstante, cabe señalar que los dos se movían en la parte conservadora del espectro político. Otro hecho curioso fue el escaso interés que Menéndez Pelayo había mostrado por el *Quijote*. Solo en 1904 había dedicado un escrito de cierta amplitud a la novela de Cervantes, en la cual seguía, a grandes rasgos, la interpretación de Valera, por lo que esta interpretación, debido a la conmemoración, adquirió un carácter casi oficial.

Juan Valera murió en abril de 1905, justo después de haber escrito su discurso sobre las interpretaciones del *Quijote* (que fue leído en la Academia por el político católico Alejandro Pidal). La interpretación del anciano escritor hay que situarla en el contexto del florecimiento de los estudios cervantinos del siglo XIX, entre los que tuvo mucho eco la interpretación simbólica de Nicolás Díaz de Benjumea, expuesta desde 1859. Díaz de Benjumea afirmaba que el libro de Cervantes contenía una crítica oculta, pero feroz, de su propia época, y que el clero era el objeto principal de su burla.²⁸ Este tipo de explicaciones políticas no agradaban a Valera, quien en su discurso reaccionó sobre todo contra esa interpretación. Para él, el *Quijote* era, en primer lugar, un libro entretenido y no contenía significados ocultos que debieran ser descifrados.

Sin embargo, aunque Valera rechazó las interpretaciones abiertamente políticas, su propia visión también tenía claras implicaciones en este sentido. A su juicio, Cervantes quería criticar los aspectos extravagantes de los libros de caballerías de su tiempo, a la vez que reflejar el creciente racionalismo de la época y la consiguiente crítica de lo milagroso, sin negar la parte poética de la realidad. El *Quijote* pues, según Valera, no habría que considerarlo como un libro pesimista, ni tampoco como un llamamiento a reformar la sociedad existente —como algunos sostenían—, sino más bien como una defensa animada de una actitud respetuosa frente a las autoridades, aunque acompañada de un «amor a la igualdad» casi democrático. Incluso afirmó: «No por el ansia furiosa de trastornar y destruir, sino conservando y mejorando con lentitud y perseverancia, es como el progreso se consigue».²⁹

Marcelino Menéndez Pelayo, que ya no era el joven católico combativo de antes, no se comprometió demasiado en su discurso en la Universidad Central. Un año antes, ya había expuesto de manera sistemática sus ideas, que se inspiraban sobre todo en el ensayo de Valera de 1864. En aquella ocasión el historiador de la literatura había dicho que la crítica de Cervantes a los degenerados libros de caballerías puso fin a este género, pero fue sobre todo el carácter inmoral, los falsos ideales, y los elementos frívolos los que habían sido censurados en el *Quijote*. Cervantes no pretendía criticar a la inteligencia humana ni al heroísmo, sino al «individualismo anárquico» y a las acciones disparatadas que se adaptaban al medio. La «aspiración generosa» de Don Quijote permanece íntegra, y al final muere cuerdo y como cristiano.³⁰

Esta interpretación fue retomada en su discurso de 1905. Igual que Valera, Menéndez Pelayo consideraba la obra de Cervantes como un libro cómico, donde la crítica se expresaba de manera indulgente. El autor era un ejemplo de equilibrio, armonía y sensatez y aunque don Marcelino no pusiera énfasis en sus propias ideas políticas, estas se traslucían claramente en sus palabras. Así, afirmó que Cervantes era «sinceramente fiel a la creencia tradicional», y él mismo valoraba sobre todo su patria, la fe, la justicia y la disciplina social. Los cambios radicales y la

²⁸ Para los estudios cervantinos véase: Gladys Seda Rodríguez, *Unamuno, Critic of Cervantes*, Nueva York, tesis doctoral inédita Universidad de Columbia, 1968, págs. 40-51, y Alberto Navarro, «Introducción», en Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, ed. de Alberto Navarro, Madrid, Cátedra, 1992, págs. 13-127, especialmente 42-51.

²⁹ Juan Valera, «Consideraciones sobre *El Quijote*. Discurso escrito por la Real Academia Española y leído por don Alejandro Pidal el día 8 de mayo de 1905», en Juan Valera, *Cervantes y el «Quijote»*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1952, págs. 105-172, especialmente 152 y 157-158.

³⁰ Marcelino Menéndez Pelayo, «Interpretaciones del *Quijote*. Discurso leído en la Real Academia Española, el 29 de marzo de 1904, contestando al de recepción de don José María Asensio», en Marcelino Menéndez Pelayo, *Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo*, VI. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, I, Santander, CSIC, 1941, págs. 303-323.

acción solo por el placer de la aventura le merecían sería desaprobación. Posiblemente influido por el entorno universitario, al final de su conferencia dedicó algunas palabras a temas educativos: lo que había de bajo e inferior en la naturaleza de Sancho iba perdiendo terreno gracias a la suave disciplina que profesaba el caballero andante sobre él. ¡Un hermoso ejemplo!³¹

Tanto Valera como Menéndez Pelayo, en el fondo, tomaron al pie de la letra la afirmación de Cervantes en el prólogo del *Quijote* de que el libro «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías». No obstante, también había alguna diferencia. Mientras el primero contrapuso lo poético a una visión demasiado racionalista, Menéndez Pelayo defendió ya un punto de vista cristiano. Alejandro Pidal, que leyó el discurso de Valera, dio un paso más. España, la fuente de inspiración más importante de Cervantes, había otorgado al libro su «espíritu caballeresco y cristiano». Y el pueblo español era la encarnación de la «democracia cristiana»³². El segundo acto oficial de la Real Academia, la misa que consagró a la memoria de Cervantes, siguió la misma pauta.

Este acto también tuvo un alcance nacional gracias a la asistencia del Rey. En esta ocasión, el obispo Ignacio Montes de Oca y Obregón pronunció un elogio fúnebre, en el que ensalzó a Cervantes, que había luchado en Lepanto, como «el tipo perfecto del caballero cristiano y español». Fe, pundonor, patriotismo, abnegación y valor eran las virtudes que caracterizaban tanto a Cervantes como a Don Quijote. Y mientras España se había atenido a estos valores, Dios se había servido del país «para las más altas proezas». La decadencia había empezado cuando los «cálculos matemáticos y especulaciones prosaicas» habían sustituido a las virtudes quijotescas. Montes de Oca preveía el inicio de una nueva era dorada cuando todos los hispanohablantes se uniesen y reconociesen en la «Cruz de Jesucristo la única salvación de la raza latina»; para él, la cuestión religiosa era primordial: un «renacimiento católico» era un requisito imprescindible para la posible «regeneración» de la patria, que además no se limitaría a las fronteras nacionales.³³

Montes de Oca no era el único que defendía una interpretación católica. En muchas ciudades, los clérigos reclamaron a Cervantes y su obra para la fe católica. Pero a la vez, en muchas conferencias también se criticó a la Iglesia: su política intolerante en los tiempos de Cervantes fue el principal objeto de escarnio. El ejemplo más extremo de esta interpretación anticlerical apareció en 1904 como una reacción a la conferencia de Menéndez Pelayo pronunciada en mayo de ese mismo año. El autor, el coronel de artillería Baldomero Villegas, afirmó que el libro de Cervantes contenía una crítica obvia de su tiempo, y el hecho de que sus ideales de justicia, ciencia y fraternidad todavía no se hubiesen convertido en realidad en España, era únicamente culpa del clero.³⁴ Durante las festividades del año siguiente se oyeron algunas voces anticlericales, aunque en general el tono fue un poco más moderado.

No todas las reuniones con carácter oficial fueron de signo conservador. En la Real Academia de Bellas Artes, el orador designado fue el crítico de arte, novelista y diputado republicano Jacinto Octavio Picón, uno de los iniciadores del centenario. Su visión era muy parecida a la de Cavia y debió coincidir a grandes rasgos con las ideas de su amigo Ortega Munilla. Al principio de su discurso, Picón seguía la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo: el libro era una parodia magistral de los libros de caballerías, sin quitar méritos a los ideales caballerescos y sin ser una obra pesimista. Sin embargo, Picón dio un paso más, incitando a sus compatriotas a seguir el ejemplo de Don Quijote, igual que el Caballero de la Triste Figura amaba

³¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote, Discurso acerca de Cervantes y el Quijote leído en la Universidad Central en 8 de mayo de 1905*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1905, págs. 7, 28 y 30-31, e «Interpretaciones del Quijote», cit., págs. 318-321.

³² Alejandro Pidal en Valera, *op. cit.*, pág. 170.

³³ Ignacio Montes de Oca y Obregón, *Elogio fúnebre de Miguel de Cervantes Saavedra. Discurso pronunciado en las solemnes exequias que celebró la Real Academia Española en la iglesia de San Jerónimo el día 9 de mayo de 1905*, Madrid, Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1905.

³⁴ Baldomero Villegas, *La cuestión social en el Quijote*, Madrid, Imprenta Moderna, 1904. Un buen ejemplo de una interpretación católica se encuentra en R. P. Fr. Evaristo F. Arias, *Cervantes. Hijo fidelísimo de la Iglesia, trabajo leído en la velada celebrada en el Instituto General y Técnico de Ávila el 8 de mayo de 1905*, Ávila, Benito Manuel, 1905.

sin reservas a su Dulcinea, así los españoles tenían que poner su patria y la justicia por encima de todo. Trabajando con abnegación, y luchando contra «el atraso, el fanatismo, la holganza [...] y la rutina», se podía, paso a paso, convertir la pobre España en «opulenta y dichosa».³⁵

Las solemnidades celebradas en el Colegio Médico de San Carlos ganaron relieve con un discurso del ministro de Gobernación, González Besada. Sin embargo, sus palabras sobre las aptitudes de Sancho para gobernar la ínsula Barataria carecían de interés, ya que no fueron más que un elogio superficial. Los demás discursos siguieron más o menos la pauta trazada por Picón y Cavia. Julián Calleja, el presidente del Colegio Médico de Madrid, por ejemplo, esperó que las fiestas en honor de Cervantes pudiesen ayudar a la «regeneración intelectual» del país. Trabajando con firmeza, se podría combatir la ignorancia y «entrar en el concierto universal de las naciones más adelantadas». El discurso de más interés en esta ocasión fue el de Santiago Ramón y Cajal, que se lamentaba de que en España no había civismo y faltaban espíritus emprendedores y que en su lugar dominaban la ignorancia y la resignación; en resumen, sobraban los Sanchos y faltaban los Quijotes.³⁶

A Picón y Ramón y Cajal no les importaba tanto el contenido del libro. El centenario funcionó más bien como una ocasión para fomentar la unidad y el progreso de la nación. Había que trabajar con perseverancia para combatir el atraso cultural y económico del país. Las interpretaciones que surgieron dentro de esta línea tenían, aparte del fin nacionalista, algunos elementos en común, entre los que destacaban algunas cualidades que atribuyeron a Cervantes y Don Quijote, como la tenacidad, la honestidad y el patriotismo.

Los actos no se limitaron a estas reuniones y discursos oficiales. En todo el país se celebraron conferencias acerca de la obra inmortal de Cervantes. Los periódicos y revistas tampoco se quedaron atrás, y casi todos reservaron algunas páginas para los acontecimientos del centenario. Incluso hubo muchos que dedicaron un número monográfico al libro, y no solo fueron revistas culturales, como *Blanco y Negro* o *La Ilustración Española y Americana*, sino también revistas especializadas como la *Revista General de Marina* y la *Revista Penitenciaria*. Tanto militares y criminólogos, como eclesiásticos, políticos, escritores, trabajadores, patronos, maestros o científicos aportaron algunas palabras para conmemorar el *Quijote*. Y esto también se extendió al Ateneo de Madrid.

EL ATENEO DE MADRID Y EL CENTENARIO DEL *QUIJOTE*

El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, fundado en 1835, era quizá el núcleo más importante de intercambio cultural y política de la Restauración. La gran mayoría de los principales escritores, científicos y políticos de Madrid eran socios del Ateneo y muchos participaron activamente en los debates, conferencias y tertulias organizados por esta institución. Entre 1896 y 1908, el Ateneo incluso albergaba una Escuela de Estudios Superiores. Jóvenes que venían a Madrid para estudiar o buscarse un empleo podían hacerse socios para así codearse con catedráticos, escritores y políticos de renombre y entablar amistades con otros ambiciosos de su misma edad, como habían hecho Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet cuando preparaban en la biblioteca del Ateneo las oposiciones a una cátedra de griego a principios de los años noventa del siglo XIX. El discurso inaugural anual era un acontecimiento social de primer orden y en los principales periódicos se publicaban las crónicas de las actividades organizadas por las diferentes secciones. En tiempos de crisis, cuando el Parlamento estaba cerrado y la prensa estaba sometida

³⁵ Jacinto Octavio Picón, «Cervantes y el *Quijote*. (Discurso en la Academia de Bellas Artes de Madrid, mayo 1905)», en Miguel Sawa y Pablo Becerra, *op. cit.*, págs. 173-185.

³⁶ Julián Calleja, «Discurso en el Colegio de Médicos de Madrid el día 9 de mayo de 1905», en Miguel Sawa y Pablo Becerra, *op. cit.*, págs. 158-161, y Santiago Ramón y Cajal, *Psicología de Don Quijote y el quijotismo. Discurso leído en el Colegio Médico de San Carlos el día 9 de mayo de 1905*, Madrid, Nicolás Moya, 1905.

a la censura, el Ateneo se convertía en el refugio del debate político, y es por esta característica que tenía de «asilo tolerante» por lo que también era conocido como «la Holanda de España».³⁷

El Ateneo representaba, en realidad, una parte integral del compromiso político que caracterizaba al sistema de la Restauración e incluso hasta los años noventa participaba de manera informal en el turno pacífico, puesto que un destacado político de la oposición del momento — liberal o conservador— solía presidir el Ateneo. Asimismo tanto en los debates y conferencias como en la Junta y las Mesas de las varias secciones estaban representadas las corrientes ideológicas principales: católicos, conservadores, liberales y republicanos; incluso un republicano moderado como Gumersindo de Azcárate llegó a ser presidente del Ateneo entre 1891 y 1894.³⁸ De modo que a la hora de organizar la contribución del Ateneo al centenario del *Quijote* se invitó a representantes de casi todos los sectores políticos, sociales e intelectuales de Madrid.

El encargado de organizar el ciclo de conferencias en el Ateneo fue el presidente de la Mesa de la Sección de Literatura, Francisco Navarro Ledesma, que contaba con la ayuda de su vicepresidente, el escritor y diplomático mexicano Francisco A. de Icaza, y cuatro secretarios entre los cuales figuraban también dos jóvenes todavía desconocidos: Ramón Pérez de Ayala y José Ortega y Gasset. Navarro Ledesma era un periodista ya de cierta fama. Había sido el mejor amigo del malogrado Ganivet, cuyo epistolario publicó. También hizo servicios personales para Galdós y el político liberal, el conde de Romanones. Era amigo de José Ortega Munilla, que le había pedido que escribiera una biografía de Cervantes. El voluminoso estudio se publicó poco antes de la conmemoración y también apareció por entregas en *El Imparcial*. Antes de su repentino fallecimiento en septiembre de 1905, Navarro Ledesma ejerció de tutor intelectual de José, el hijo con «demasiado talento» de Ortega Munilla, que justo antes del centenario había abandonado su puesto como secretario de la Sección Literaria para proseguir sus estudios universitarios en Alemania.³⁹ Con sus buenos contactos e imparable energía, Navarro Ledesma era la figura idónea para organizar la serie de conferencias en el Ateneo. Como autor de la nueva biografía de Cervantes, dando charlas sobre el *Quijote* en varias ocasiones y como responsable de las actividades conmemorativas del Ateneo, se convertiría en uno de los principales promotores del centenario.

Navarro Ledesma invitó a algunos de los principales oradores políticos del momento; no obstante, los conservadores Silvela y Maura rechazaron la invitación, de modo que solo el liberal-demócrata José Canalejas dio una conferencia en la velada con la que concluyó el ciclo de conferencias conmemorativas, a la que también asistió el Presidente del Ateneo, el prohombre liberal Segismundo Moret. Más sorprendente resultó, quizá, que ningún intelectual famoso quisiera participar. Giner de los Ríos, el alma de la Institución Libre de Enseñanza, declinó la invitación, y la conferencia anunciada de su amigo Azcárate finalmente fue anulada. Tampoco Ortega Munilla, alentado desde Alemania por su hijo, llegó a redactar su discurso. Pérez Galdós, aunque con su artículo de 1898 posiblemente fuera el verdadero inspirador del centenario, tampoco pronunció ningún discurso, mientras que Emilia Pardo Bazán solo escribió cuatro párrafos en los que en realidad se burlaba del centenario. Característico de este desinterés por parte de esta generación de intelectuales y escritores es el contenido de la carta con la que Echegaray, el reciente premio Nóbel, se excusó en Alcalá de Henares por no haber escrito algunas páginas para las fiestas en la ciudad natal de Cervantes: «El *Quijote* es mi libro predilecto[... una] creación prodigiosa, que dada mi pequeñez, temería profanarla si pretendiera

³⁷ Manuel Espadas Burgos, «Prólogo», en Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC, 1985, págs. IX-XVI, especialmente X.

³⁸ Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid (1885-1912)*, cit.

³⁹ Carmen de Zulueta, *Navarro Ledesma, el hombre y su tiempo*, Madrid, Alfaguara, 1968. Asimismo, véase la carta inédita de Francisco Navarro Ledesma a José Ortega Munilla, 21 de mayo de 1905 (Archivo José Ortega y Gasset, subarchivo Ortega Munilla, Fundación José Ortega y Gasset, Madrid).

fabricar cárcel para su inmensidad en unas cuantas cuartillas»⁴⁰. Delante de su grandeza se asombró, y no se atrevía a añadir nada.

Los organizadores, por lo tanto, tenían que contentarse con escritores y científicos de segunda fila y jóvenes prometedores. La serie de conferencias fue abierta con dos intervenciones de Francisco Navarro Ledesma, los días 29 y 30 de abril de 1905, sobre la génesis del *Quijote*, y que estaban basadas en los primeros capítulos de su biografía de Cervantes. En los ocho días siguientes se pronunciaron diecisiete conferencias, en general sobre algún tema del *Quijote*, como la criminalidad, la lengua castellana, la música, la locura, las armas, la religión o la poesía, tratados por especialistas en la materia. El día 13 de mayo se celebró una velada en la que José Canalejas disertó sobre Don Quijote y el derecho, Cecilio Roda pronunció algunas palabras sobre las canciones del *Quijote*, y se leyeron dos poesías de los célebres poetas latinoamericanos Francisco de Icaza y Rubén Darío. Navarro Ledesma cerró el ciclo de conferencias con un discurso-resumen, mientras que la velada terminó con una representación del *Retablo de Maese Pedro*.

No todas las conferencias fueron de la misma calidad e interés. En algunos discursos se seguía a grandes rasgos la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo. Las contribuciones, por ejemplo, del erudito Julio Cejador sobre el *Quijote* y la lengua castellana, la de José Nogales, un periodista conservador, sobre el *Quijote* y *El Buscón*, y la de Mariano Miguel de Val, primer secretario del Ateneo, sobre la poesía del *Quijote*, eran moderadas de tono. Tan solo el clérigo Francisco Jiménez Campaña reclamó el *Quijote* para la Iglesia. Cervantes era en su opinión, en primer lugar, el que en Lepanto «derramó su sangre generosa en defensa de la fe de Cristo», mientras que la religión católica era la que «de sale a Sancho por todos los poros del cuerpo». Además afirmó que «el Ingenioso Hidalgo manchego fue caballero cristiano sin mezcla de turco, ni de hereje ni de judío».⁴¹

Sin embargo, hubo más conferencias de signo progresista. Así el criminólogo Rafael Salillas, en su discurso acerca de la criminalidad en el *Quijote*, y el médico Ricardo Royo Villanova, quién trató del *Quijote* y la locura, arremetían contra la injusticia, la ignorancia y el régimen de recomendaciones. Estos dos científicos respetados se lamentaron que desde los tiempos de Cervantes la situación no hubiese mejorado mucho. Ambos se mostraron, por tanto, muy pesimistas en cuanto al futuro del país. Salillas esperaba que Cervantes pudiese interceder con «el padre Apolo» para pedirle su ayuda y hacer progresar al país. Royo Villanova opinó incluso que Don Quijote estaba enterrado para siempre en España, mientras en América, y sobre todo en los Estados Unidos, su espíritu todavía estaba vivo. Especialmente la figura de Theodore Roosevelt —quien en 1898, como el líder de los *Rough Riders*, había luchado contra España y ahora era el presidente del país norteamericano— representaba un buen ejemplo del «hombre de acción» que arremetía contra la ignorancia y el egoísmo. Royo Villanova, amargado todavía por la pérdida de Cuba, acabó con una referencia a Boabdil, el último soberano del reino de Granada, diciendo: «Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido conservar como hombres».⁴²

Una opinión parecida fue la expresada por el liberal demócrata José Canalejas. Sin embargo, como buen político su tono era, desde luego, mucho más optimista. Que el público en el Ateneo estaba en gran parte de acuerdo con él se desprende de los aplausos que recibió, sobre todo cuando afirmó que habían sido principalmente la nobleza y la monarquía las que tenían la culpa de la decadencia nacional, y cuando dijo que España necesitaba una «gran transformación

⁴⁰ Véase, respectivamente, Carmen de Zulueta, *op. cit.*, pág. 192; «El centenario del *Quijote*. En el Ateneo», *El Imparcial*, 25 de abril de 1905; José Ortega y Gasset, «Carta a su padre (Leipzig, 28 de abril de 1905)», en sus *Cartas de un joven español (1891-1908)*, Madrid, El Arquero, 1991, págs. 137-142; Emilia Pardo Bazán, «Cervantes, periodista», en *El Centenario del «Quijote» en Galicia*, La Coruña, Liga de Amigos de La Coruña, 1905, pág. 5, y «Carta del señor Echegaray», en Miguel Sawa y Pablo Becerra, *op. cit.*, págs. 292-293.

⁴¹ Francisco Jiménez Campaña, «Don Quijote y la religión», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario de la publicación de «El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha»*, Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez, 1905, págs. 301-317, especialmente 304-307.

⁴² Rafael Salillas, «La criminalidad y la penalidad en el *Quijote*», y Ricardo Royo Villanova, «Don Quijote y la locura», ambos en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 87-121 y 223-253 respectivamente.

progresiva». El futuro presidente del Gobierno no alabó a Don Quijote por sus trabajos ni por su justicia: en realidad, el ejemplo que Cervantes pretendía dar con la historia de Don Quijote se encontraba justamente al final de la novela, cuando el escritor le devuelve la razón. . Análogamente a lo sucedido en la novela, España tendría que recobrar la razón, dedicarse al trabajo, y con sus propias fuerzas recuperar la grandeza perdida.⁴³ Ideas similares se pueden encontrar en las charlas del periodista republicano Alfredo Vicenti, que trató el tema de Don Quijote y el honor, y en la del escritor militar José Ibáñez Marín, quien en su intervención sobre Don Quijote y la armas también afirmó que la culpa de la derrotas del ejército en los tiempos de Cervantes era de los reyes y los gobernantes.

Uno de los oradores más curiosos fue Juan José Morato, tipógrafo y destacado militante socialista, que, al principio de su disertación sobre Don Quijote y los oprimidos declaró abiertamente que al público eminente del Ateneo solo podría dar «cardos y espinos». Según él, Don Quijote era sobre todo un rebelde, y aunque Cervantes no podía ser un reformador social, por lo menos era un espíritu muy afín. Don Quijote veía en la propiedad la fuente de todas las miserias y desdichas y aspiraba a la paz, la ventura y la abundancia para todos. Por lo tanto, el *Quijote* también era un libro «de consuelo, aliento y esperanza para los incultos y oprimidos»⁴⁴.

Cervantes y Don Quijote, como en los demás discursos del centenario, fueron reclamados por todas las corrientes ideológicas: tanto por reaccionarios y católicos como por conservadores, liberales, regeneracionistas y socialistas. Los excesos retóricos, característicos de este tipo de celebraciones patrióticas, tampoco faltaron en los discursos, que subrayaban las cualidades religiosas, lingüísticas, militares, psicológicas, jurídicas y poéticas de Cervantes y el héroe de su novela. No obstante, en el Ateneo también había un grupo de escritores y periodistas jóvenes que con mucha pujanza reclamaron a Cervantes y, sobre todo a Don Quijote, como el héroe de una nueva generación. En el Ateneo, gracias a Navarro Ledesma, en nada menos que la mitad de las intervenciones se propagó una nueva interpretación —que se podría definir como vitalista— de la novela de Cervantes.

Aparte de las conferencias de Navarro Ledesma y Azorín, que serán tratadas más adelante, los ideales nuevos se expresaron más claramente en el discurso del poeta y periodista Antonio Palomero. En general, estos escritores jóvenes veían a Don Quijote como un rebelde, e incluso como un redentor que podría salvar al país. Esta interpretación se oponía a las lecturas del *Quijote* existentes: mientras Valera y Menéndez Pelayo habían advertido contra acciones descontroladas y contra el amor por las aventuras, estos conferenciantes abogaron en su favor. Tampoco estaban de acuerdo con la opinión de Picón, Canalejas y otros de que el país necesitaba reformas basadas en los últimos adelantos de la ciencia y en el sentido común. La razón ya no les satisfacía. Palomero, por ejemplo, criticó «las voces destempladas, áridas e infecundas de los apóstoles de la previsión y de la cordura» que ahora decretaban la muerte de Don Quijote, o que, a lo sumo, alababan a Alonso Quijano, el caballero andante vuelto a la razón. Sin su locura sublime, el héroe de Cervantes no era más que uno de esos «seres vulgares, [...] granos de arena incapaces de ser montaña sino todos juntos».⁴⁵

El momento en que Don Quijote, justo antes de morir, se recuperó de su locura, lo describió Palomero con las siguientes palabras: «al perder la sana alegría que ha iluminado su vida aventurera, vuelve a la oscuridad de su razón para emprender el viaje a la oscuridad eterna. La tristeza le mata». La razón se identificaba para el autor con tristeza y oscuridad. Y dijo que igual que otros sabios, conquistadores, apóstoles, poetas y artistas, Don Quijote también fue declarado loco por «cierto sentido burgués que ha buscado luego hasta el amparo de la ciencia». Afortunadamente quedaban todavía algunos «espíritus fuertes y animosos» que creían en el porvenir y veían en Don Quijote un guía luminoso. Lo que ante todo estimó en su héroe era su

⁴³ José Canalejas, «Don Quijote y el derecho», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 441-451.

⁴⁴ Juan José Morato, «Don Quijote y los oprimidos», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 351-361.

⁴⁵ Antonio Palomero, «La imitación de Nuestro Señor Don Quijote», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 179-189.

firmeza, su optimismo, su sentimiento de superioridad, su generoso idealismo, su acción y sobre todo su justicia.⁴⁶

Una misma aversión por la mediocridad, una preferencia por la acción, la aventura y el cambio, y una adoración casi religiosa de Don Quijote, la podemos encontrar también en algunos otros discursos. Adolfo Bonilla y San Martín, por ejemplo, que en el mismo otoño con solo treinta años fue nombrado catedrático de filosofía en la Universidad de Madrid, en su conferencia sobre Don Quijote y el pensamiento español, seguía a grandes rasgos la interpretación de Palomero. Según él, la filosofía española es la combinación de la filosofía del sentido práctico de Sancho y la «filosofía de las grandes y elevadas aspiraciones intelectuales» de Don Quijote. Bonilla en el fondo invirtió la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo de que Cervantes quiso acabar con los libros de caballerías, afirmando: «Tuvo razón Cervantes cuando achacó la falta de caballeros al triunfo de la pereza, de la ociosidad, de la gula y de regalo». El autor incluso atribuyó la decadencia de su patria, que todavía no se había acabado en su propio tiempo, a la falta de Quijotes.

Tal ha sido igualmente, por desgracia, el secreto de nuestros infortunios como pueblo: hemos sido inconsecuentes en filosofía, en política y en los demás órdenes de la nuestra actividad social. Hay grandes ideales, propósitos nobilísimos, pero en la realidad se impone la mansedumbre de Sancho Panza, de donde resulta que nuestros Quijotes suelen acabar como Alonso Quijano, renunciando a Dulcinea por el más leve contratiempo de la vida.⁴⁷

Estos jóvenes escritores se identificaron claramente con Don Quijote y rechazaron la interpretación de la novela como un libro que condena los grandes ideales y el afán de aventura. El periodista Rafael Urbano, por ejemplo, se quejó de que la obra maestra de Cervantes hubiera quedado «como la Biblia de Buen Sentido, como un *Enchiridión* de las gentes sensatas, de esas gentes conformes con el correr y suceder de las cosas, tranquilísimas, por donde cruza con mansedumbre callada la rutina más embrutecedora». Identificándose con el héroe de Cervantes, Urbano rechazó esta interpretación deprimente: «No debemos hacernos ilusiones ni luchar por ideal alguno, porque el cura, el barbero, el estudiante que regresa con sus cursos aprobados al lugar, nuestra sobrina, el ama misma, el ventero [...] las mujeres de partido y la canalla nos correrán por todas partes, se burlarán de nosotros e impondrán su simplísimo sentido de lo real y miserable a nuestra divina locura».⁴⁸ Sin ideales y sin la quijotesca locura nada iba a cambiar y mejorar. En estos discursos no faltaban las referencias más o menos explícitas a Nietzsche, el filósofo de moda, por lo menos para estos escritores jóvenes.⁴⁹

LA NUEVA GENERACIÓN: AZORÍN, UNAMUNO Y NAVARRO LEDESMA

Hubo tres autores que en 1905 desempeñaron un papel fundamental publicando libros de mucha envergadura sobre Cervantes y Don Quijote: Azorín, Miguel de Unamuno y Francisco Navarro Ledesma, quienes habían nacido respectivamente en 1873, 1864 y 1869 y, por lo tanto, pertenecían por sus ideas y edad al grupo de escritores jóvenes que tan prominentemente habían presentado su visión del *Quijote* en el Ateneo. Azorín y Navarro Ledesma, además, participaron en las actividades conmemorativas del Ateneo, mientras que la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno fue una fuente de inspiración para muchos de los jóvenes conferenciantes.

⁴⁶ *Ibíd.*, págs. 181-185.

⁴⁷ Adolfo Bonilla y San Martín, «Don Quijote y el pensamiento español», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 317-339. Esta conferencia, pronunciada el sábado 6 de mayo de 1905, también fue editada como un opúsculo suelto con el mismo título en el Ateneo de Madrid (Madrid, Bernardo Rodríguez, 1905).

⁴⁸ Rafael Urbano, «¿Es un libro esotérico el *Quijote*?», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 381-395.

⁴⁹ Véanse las contribuciones de Ramón Pérez de Ayala, «Don Quijote en el extranjero»; Andrés Ovejero, «De la muerte de Don Quijote», y Enrique de Mesa, «El retrato de Don Quijote», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 361-381, especialmente 378, 189-213, y 213-223, respectivamente.

La pregunta clave ahora es la siguiente: ¿Por qué fueron justo estos escritores relativamente jóvenes los que dedicaron tantas páginas al libro de Cervantes? Ya hemos visto que los autores de renombre de las generaciones anteriores guardaban silencio o, como mucho, escribían algún ensayo de oportunidad como habían hecho Valera y Menéndez Pelayo. Las élites culturales, de las cuales había surgido la iniciativa de conmemorar el centenario de la publicación del libro, no produjeron más que algún discurso obligatorio, por lo que fueron sobre todo los jóvenes los que se entusiasmaron y los que publicaron incluso libros enteros.

En el caso de Azorín, se puede alegar que fue Ortega Munilla quien le había pedido hacer un viaje a la Mancha. Azorín publicó en marzo de 1905, en las páginas de *El Imparcial*, *La ruta de Don Quijote*, que en el mismo año también apareció como libro. Ortega Munilla lo contrató para hacer un viaje a la tierra de Don Quijote de la Mancha, entregándole una pistola por si pudiera hacer falta; sus impresiones diarias aparecían casi siempre en la primera página del periódico. Azorín, no obstante, ya había dedicado algunos artículos a Cervantes y a su héroe novelístico, y además aceptó la oportunidad de presentar su visión en el Ateneo; de modo que su interés por el *Quijote* no era pasajero. En su conferencia trató un episodio de la novela: la visita de Don Quijote a la casa del Caballero del Verde Gabán. Azorín describió a este personaje secundario como un buen burgués: ordenado, afable, con cierto bienestar, leal y suavemente egoísta. Con solo su presencia, Don Quijote perturbó la serenidad de esta casa; él era, a fin de cuentas, lo opuesto de un burgués decente. Don Quijote no tenía plan ni lógica, despreciaba el dinero y no le importaban nada las convenciones sociales ni temía el ridículo. El hijo de la familia escribía poesías y el extraño visitante le incitó a hacerse poeta, frustrando así los planes que el padre tenía para que su hijo estudiase algún oficio útil.⁵⁰

Sin embargo, en un momento de su intervención, Azorín preguntó de manera directa y poco convencional a su público: «¿Qué creéis que importa más para el aumento y grandeza de la naciones: estos espíritus solitarios, errabundos, fantásticos y perseguidores del ideal, o estos otros prosaicos, metódicos, respetuosos con las tradiciones, amantes de las leyes, laboriosos y honrados, mercaderes, industriales, artesanos y labradores?». La respuesta de Azorín era otra muestra de su propia actitud lacónica. Afirmó sentir una cordial simpatía por los primeros, «pero al mismo tiempo yo quisiera tener una pequeña renta, una tiendecilla o unos majuelos».⁵¹

Al literato no le importaban demasiado el progreso de la humanidad y el crecimiento económico del país. Criticó la vida rutinaria de las clases medias, pero no tenía una alternativa viable. En *La ruta de Don Quijote* también mostró su aversión por el ruido y la vida intranquila en las grandes urbes modernas, aunque el campo tampoco le satisfacía. Describió los habitantes de los pueblos de la Mancha con la ironía suave de siempre. Según su crónica, Azorín quedó fuertemente impresionado por la soledad de la llanura infinita. En las zonas rurales de la Mancha, en las que se seguía recolectando la cosecha de la misma forma que en la época de los celtas, el tiempo parecía haberse detenido. Azorín opinaba que después de haber pasado una temporada en la Mancha, uno comenzaba a comprender el comportamiento de Don Quijote. «Decidme, ¿no comprendéis en estas tierras los ensueños, los desvaríos, las imaginaciones desatadas del grande loco? La fantasía se echa a volar frenética por estos llanos: surgen en los cerebros visiones, quimeras, fantasías torturadoras y locas».⁵²

Las circunstancias geográficas no solo podían explicar el comportamiento de Don Quijote, sino también la actitud de la población. La monotonía de la meseta se reflejaba en la rutina de la vida en los pueblos y la actitud resignada de la población. De vez en cuando surgía el deseo de escapar de la monotonía cotidiana y a uno se le ocurrían planes grandiosos. Se

⁵⁰ Azorín, «Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario...*, cit., págs. 293-301. Véase también José María Martínez Cachero, «Introducción», en Azorín, *La ruta de Don Quijote*, Madrid, Cátedra, 1995, págs. 9-51.

⁵¹ Azorín, «Don Quijote en casa del caballero del Verde Gabán», cit., pág. 297.

⁵² Véase, respectivamente, Azorín, «La ruta de Don Quijote. El ambiente de Argamasilla» y «La ruta de Don Quijote. La exaltación española», *El Imparcial*, 9 y 25 de marzo de 1905.

empezaban a realizar con gran entusiasmo, pero la fase de febril actividad era por lo general de corta duración. Por ejemplo, en Argamasilla se había comenzado a construir una iglesia magnífica; sin embargo, las obras se habían estancado a medio camino y la iglesia todavía no se había terminado. Lo mismo había ocurrido con los grandiosos planes para abrir un canal y la construcción de una estación. La decepción por el avance lento y dificultoso hacía que la población perdiese su energía y volviera a caer en la apatía.

El mismo Azorín también era propenso a dejarse influir por su entorno. Sentía que la energía le abandonaba, no lograba escribir ni una palabra más en el papel y perdía el sentido del espacio y el tiempo. El silencio, la soledad y el tedio tenían un efecto paralizante. Se sentía perdido en el espacio infinito de la meseta. Todo perdía su orientación y su significado. Daba igual en qué dirección se fuera. Al mismo tiempo sentía la seducción de lo desconocido, el deseo de mirar lo que se escondía detrás de ese horizonte siempre visible, pero siempre inalcanzable: «Y nosotros, tras horas y horas de caminata por este campo, nos sentimos abrumados, anonadados, por la llanura inmutable, por el cielo infinito, transparente, por la lejanía inaccesible».⁵³

El paisaje le llegó al alma, aunque él también fuera claramente propenso a ello. El vacío interminable de la meseta se correspondía con su propia visión de la vida como una empresa sin meta. Quizá siempre se pudiera ver ese seductor horizonte y el cielo resplandeciente se extendiera como una promesa eterna e ilimitada por encima del viajero, aunque tanto el horizonte como el cielo fueran inalcanzables. Y en cuanto esa idea trágica calara dentro del hombre, cualquier movimiento sobre esta llanura inmensa dejaría de tener sentido. El concepto de progreso perdía cualquier significado por la perpetua presencia de una utopía siempre inalcanzable.⁵⁴ La figura trágica de Don Quijote, el paisaje de la Mancha y la vida de los habitantes del campo ejercieron una gran fuerza de atracción sobre Azorín. Aunque casi siempre se escondía tras su actitud lacónica, a menudo resonaba cierta simpatía en su voz. Por ejemplo, retrató con gran cariño a Martín, un sencillo labrador que en sus días postreros pensaba en todas las veces memorables en que había preparado su plato preferido. Cada vez que Martín comía esos *galianos* pensaba para sí mismo que esta vez era la que habían salido más buenos, pues creía que lo que uno estaba comiendo en ese momento siempre era lo mejor. Y comentó Azorín: «Y esta es una grande, una suprema filosofía, no hay pasado ni existe porvenir; solo el presente es lo real y es lo trascendental. ¿Qué importan nuestros recuerdos del pasado, ni qué valen nuestras esperanzas en lo futuro? Solo estos suculentos *galianos* que tenemos delante, humeadores en su caldero, son la realidad única: a par de ellos el pasado y el porvenir son fantasías».⁵⁵

Al aceptar la influencia fatal del entorno sobre el hombre, Azorín parecía eximirse de la responsabilidad de dar forma a su propia vida. El hombre era como era por factores externos y no se podía hacer nada para cambiarlo. Uno se podía oponer a ello, como Don Quijote, pero como ya se había podido ver en la novela de Cervantes, era un esfuerzo vano. No obstante, esta no era toda la verdad. Ya antes de marcharse de Madrid, es decir, antes de que el paisaje pudiera influirle, Azorín se sentía frustrado y sin ganas. Y, a pesar de todo, se marchó de viaje. Aunque el paisaje le abrumara y pareciera que le estuviera exprimiendo, escribió desde allí sus crónicas para *El Imparcial*, es decir, no se dejó llevar por completo por la corriente.

Por lo tanto, Azorín no abogó por ceder a la influencia paralizante del entorno natural, sino por vencerla. Así pues, en un pasaje en el que abandonó por un momento su actitud irónica, puso como ejemplo para sus compatriotas a los ingleses. Estos sentían una gran admiración por el idealismo de Don Quijote, pero sabían emparejar con ese idealismo su propia perseverancia. La

⁵³ Azorín, «La ruta de Don Quijote. La primera salida», y también «La ruta de Don Quijote. Psicología de Argamasilla» y «La ruta de Don Quijote. La cueva de Montesinos», *El Imparcial*, 15, 7 y 19 de marzo de 1905, respectivamente.

⁵⁴ Véase también la sugerente interpretación de Angelika Maaß, *Azorín oder der Mensch im Zeichen der Ebene. Eine Auseinandersetzung mit dem Werk Azoríns am Beispiel von «La ruta de Don Quijote»*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1984, págs. 161-182.

⁵⁵ Azorín, «La ruta de Don Quijote. Siluetas de Argamasilla», *El Imparcial*, 14 de marzo de 1905. Véase también Azorín, «La exaltación española», en *La ruta de Don Quijote*, cit.

conjunción armoniosa de imaginación y fuerza de voluntad explicaba por qué los ingleses habían conseguido construir tan bien una sociedad próspera. En este sentido hay que leer también las páginas de su irónica «Pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del centenario» que Azorín añadió a la edición en libro. Bajo el título «The time they lose in Spain» hizo que un cirujano inglés anotase con precisión infalible cuánto tiempo se perdía en esperas en un día cualquiera en Madrid. Aunque este relato también se puede leer como una parodia de la exagerada puntualidad de muchos nórdicos, Azorín lo escribió probablemente con la idea de criticar en primer lugar el método de trabajo tan ineficaz de sus compatriotas y como acicate para mejorarlo.⁵⁶

El extenso comentario de la novela de Cervantes por parte de Miguel de Unamuno fue, sin lugar a dudas, la obra más profunda y de mayor originalidad de las publicadas en aquel año conmemorativo. En lugar de la aparente resignación melancólica de Azorín, en el libro de Unamuno encontramos una agresividad y un voluntarismo explícitos. Aunque en 1900 había sido nombrado rector de la Universidad de Salamanca y tenía ya por entonces cierta fama como escritor, en estos años pensaba seriamente en emigrar a América. Se sentía incomprendido y solitario.⁵⁷ Las festividades alrededor de la conmemoración del *Quijote* no le agradaban demasiado, y el que su libro apareciera en uno de los primeros meses del año festivo fue más bien una casualidad.⁵⁸ Lo cierto es que ya desde los años noventa había dedicado varios trabajos a la figura de Don Quijote.

Su descontento se ponía de manifiesto por sus agrias polémicas con prácticamente todo el mundo. Por ejemplo, contestaba a la interpretación de Valera y Menéndez Pelayo, en el sentido de que Cervantes solo quería escribir una parodia de los libros de caballerías, preguntándose: «¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?». Lo que Cervantes opinaba no le interesaba a Unamuno; él interpretaba la vida de Don Quijote y Sancho como quería. En un prólogo de 1928 volvió sobre el tema. Un traductor de su libro le señaló que no había citado bien a Cervantes, y Unamuno le replicó que lo había mirado otra vez en el original árabe de Cide Hamete Benengeli y que Cervantes había errado en la traducción y no él.⁵⁹ Con ello tan solo quería decir que él tenía tanto derecho como Cervantes a comentar la vida de Don Quijote.

La interpretación de Unamuno era a veces muy provocativa. Así, comparaba la vida de Don Quijote casi continuamente con la de san Ignacio de Loyola, una figura odiada por los sectores progresistas del país. Otras veces sus comentarios eran muy originales. Afirmó, por ejemplo, que Don Quijote no se había puesto en camino para deshacer entuertos y agravios, sino para hacerse inmortal. Y se preguntaba si no estaba en la raíz de su ansia de inmortalidad su amor, ocultado durante doce largos años, por Dulcinea. Trágicamente, solo en su locura, Don Quijote se atrevió a declarar abiertamente su amor.⁶⁰

No obstante, Unamuno censuró en sus elaborados comentarios de la vida de Don Quijote muchas cosas de su propio tiempo. Aunque criticó a los tradicionalistas y a los jesuitas, ellos no fueron su blanco preferido, sino sus coetáneos progresistas. Los molinos de viento de antaño eran las locomotoras, los automóviles, los telégrafos y las ametralladoras de ahora, que seguían siendo tan dañinos como antes. Muchos compatriotas seguían buscando la panacea, el elixir que pudiera solucionar todos los problemas rápidamente. Todavía se creía en el robo y en la

⁵⁶ Azorín, «La exaltación española», «El ambiente de Argamasilla» y «Pequeña guía para los extranjeros que nos visiten con motivo del centenario. *The time they lose in Spain*», en *Ibid.*, págs. 158-164.

⁵⁷ Emilio Salcedo, *Vida de Don Miguel: Unamuno en su tiempo, en su España, en su Salamanca. Un hombre en lucha con su leyenda*, Salamanca, Anaya, 1964, págs. 109-139.

⁵⁸ Miguel de Unamuno, «Discurso en la velada literaria en la Universidad de Salamanca (mayo de 1905)», en Miguel Sawa y Pablo Becerra, *op. cit.*, págs. 500-501.

⁵⁹ Miguel de Unamuno, «Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*», *La España Moderna*, XVII, 196, abril de 1905, págs. 5-23, especialmente 9, y Miguel de Unamuno, «Prólogo a la tercera edición» (1928), en *Vida de Don Quijote y Sancho*, cit., págs. 135-137.

⁶⁰ Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Cátedra, 1992, págs. 222-231 y 344-346.

lotería en vez de en la efectividad del trabajo perseverante. Y para los problemas políticos también había soluciones igual de simplistas como «el conocimiento regenerativo, el bálsamo católico, el revulsivo anticlerical, el emplaste aduanero o el vejigatorio hidráulico». Pero de lo que verdaderamente se trataba en la vida, preferían no pensarlo. La ciencia no era más que una rutinaria colección de datos, y este tipo de «erudición» procedía de «pereza espiritual» y del miedo de ocuparse de verdaderos, «eternos problemas», y, por lo tanto, no tenía más valor que un «juego de ajedrez».⁶¹

Tampoco la democracia y el pueblo se libraban de su crítica. El Parlamento era como un retablo de figurillas de pasta y necesitaba una buena limpieza. Además, Unamuno afirmó que al juntarse hombres racionales o semirracionales se expresarían «a modo de rebuzno». Consultar a un «pueblo asno» sobre la carga que tendría que llevar le parecía absurdo.⁶²

Ante todo, Antonia Quijana, la sobrina de Don Quijote, era el objeto de su escarnio. Para don Miguel, era la personificación del sentido común y, desafortunadamente, su espíritu reinaba en España. No creía en el amor ni en la gloria; para ella, solamente valían «el amodorrador sosiego del hogar» y «la seguridad de los garbanzos». De la gloria no se puede comer y el laurel solo es bueno «para asaborar las patatas cocidas». «En sus brazos se ahoga todo heroísmo.» De esta manera, el país no iba a progresar nunca. Gracias a la tiranía del sentido común y a la cobardía moral había paz; sin embargo, se preguntó agriamente Unamuno, ¿no sería mejor una guerra civil? Prefirió la paz, pero después de la victoria de la sinceridad sobre la mentira.⁶³

Unamuno pensaba que no se podía dejar que sus congéneres vegetaran de esta manera. A su parecer, había que despertar al otro por amor al prójimo, por compasión, y hacerlo vivir. «Hay que echar a los hombres en medio del océano y quitarles toda tabla, y que aprendan a ser hombre, a flotar.» Solo tenía sentido una existencia verdadera en la que no se rehuyeran las cuestiones de la vida, sino que uno se enfrentara a ellas. La vida bárbara, vegetativa, sin pensar sobre la situación propia, como la que llevaban muchos españoles a los ojos de Unamuno, no era una existencia digna. Por lo tanto, su deseo de despertar a sus compatriotas y de hacer que pensarán por sí mismos no procedía tanto del deseo de mejorar la vida económica o política del país, como de su propia visión de la existencia humana.

El gran héroe de Unamuno era Don Quijote, «el caballero de la fe», que contra corriente se aferraba a su lucha utópica contra el mundo. Don Quijote, con el que se identificaba, estaba destinado a hacerse inmortal, a conseguir «gloria y fama eterna». Sin embargo, Unamuno no solo veía a Don Quijote como la personificación de sus propias ideas, sino también como el símbolo nacional por excelencia. Si existía una filosofía española, entonces era la filosofía de Don Quijote, el anhelo de inmortalidad. Repitió su idea de que el anhelo de inmortalidad era un rasgo específico nacional. Eran justo la dificultad de la vida y la pobreza las que hacían que a los españoles les gustara la vida y no la quisiesen perder. En cambio, los acomodados, que se revolcaban en la *joie de vivre*, sufrían a menudo de melancolía y se cansaban de la vida. Sin embargo, en los españoles y también en Don Quijote no se notaba nada de este *tedium vitae* decadente.⁶⁴ De este modo, Unamuno convirtió el retraso económico de España en una ventaja. Además, proyectaba su propia preocupación por la inmortalidad individual sobre toda la nación. Según Unamuno, el «culto de la inmortalidad» era característico de la fe, en gran parte inconsciente, del pueblo español. Y «espirituales» como Don Quijote, con su fe en la inmortalidad, tenían una gran aceptación entre el pueblo.⁶⁵

⁶¹ *Ibíd.*, págs. 199-200, 216-217, 492 y 373, y Miguel de Unamuno, «Sobre la lectura del Quijote», cit., págs. 5-9.

⁶² *Ibíd.*, págs. 386-389.

⁶³ *Ibíd.*, págs. 271-272, 305-314, 336, 409, 479, 492 y 519-522.

⁶⁴ *Ibíd.*, págs. 161-163, 345, 481 y 487-488. Véase también Miguel de Unamuno, «Glosas al *Quijote*. La causa del quijotismo», *El Imparcial*, 12 de enero de 1903.

⁶⁵ Miguel de Unamuno, «Sobre la filosofía española. Diálogo», *La España Moderna*, XVI, 186, junio de 1904, págs. 28-43, especialmente 36-37. Véase también Miguel de Unamuno, «El individualismo español», *La España Moderna*, XV, 171, marzo de 1903, págs. 35-49.

Así como el hombre necesitaba creer en algo, tener su propia verdad o ideal, así también la nación entera debía tener una misión; al igual que sucedía con el individuo, a la nación tampoco le bastaba el mayor bienestar material, ni aún la felicidad. Según Unamuno, había que aspirar a algo, y Dios había fundado España, el pueblo de Don Quijote y Sancho, «sobre la fe en la inmortalidad personal», y España debería predicar otra vez esta verdad quijotesca. Unamuno, como algunos de los jóvenes conferenciantes en el Ateneo, enfatizó sus argumentos utilizando términos bíblicos. Si bien era cierto que Don Quijote se murió, lo hizo después de sacrificarse renunciando a su obra. Pero antes el caballero andante había contagiado a su escudero con la locura, y Sancho todavía estaba vivo. Los fieles de Don Quijote, como Unamuno, esperaban ahora la salida de Sancho que asentaría «para siempre el quijotismo sobre la tierra». Y entonces Don Quijote volvería a la tierra.⁶⁶

La identificación con Don Quijote y con el pueblo español, que se podía encontrar tanto en Unamuno como en Azorín, se vio facilitada por su empleo del concepto de *Volksgeist*. Para ellos, Don Quijote era el producto del «espíritu de la nación», cuya influencia también habían experimentado ellos mismos. El límite entre individuo, pueblo y símbolo nacional era fluido; todos compartían influencias de la misma geografía y de las mismas tradiciones históricas. Para Unamuno y Azorín la nación ya no estaba subordinada a ningún ideal de futuro, a ninguna utopía política irrealizable, sino que era un fin en sí misma. Uno debía llevar su propia vida y desarrollar plenamente sus propias cualidades, dentro de las posibilidades dadas por el medio, tanto en el ámbito individual como en el colectivo; lo principal era el desarrollo de las fuerzas latentes del pueblo. Durante el centenario del *Quijote*, quien con más fervor defendió esta visión fue Francisco Navarro Ledesma. Igual que Unamuno y Azorín, se identificó con el pueblo español y con su representante simbólico: Don Quijote. Criticó no tanto a la propia nación como a aquellos que querían distanciar al pueblo de sí mismo.

Como los otros escritores de su generación, Navarro Ledesma sabía bien lo que no le gustaba, pero no tenía ideas muy claras acerca de lo que él mismo quería. Así, censuró de manera vehemente a la monarquía, la nobleza y la Iglesia en los tiempos de Cervantes. A finales del siglo XVI, el verdadero heroísmo en España había sido reemplazado por costumbres teatrales y sin contenido. Y la situación todavía no había mejorado mucho. A principios del siglo XX, aún reinaba la injusticia, el caciquismo y el favoritismo. Hasta aquí su interpretación era muy similar a la de intelectuales progresistas como Picón y Ramón y Cajal. Sin embargo, como Azorín y Unamuno, él dio un paso adelante, criticando también a la sociedad burguesa y a la civilización moderna.⁶⁷

De este modo, Navarro Ledesma describió a Cervantes y Don Quijote como vagabundos que no aguantaban su entorno de burgueses hipócritas, simbolizado en el bachiller Sansón Carrasco, un antagonista de Don Quijote. Y era la hipocresía y la medianía de Sansón Carrasco, lleno de sensatez y refractario a los ideales, la que todavía triunfaba en España.⁶⁸

La civilización moderna tampoco le satisfacía. En su largo artículo publicado en la edición conmemorativa de la revista *Blanco y Negro*, Navarro Ledesma describió con simpatía la tierra de Don Quijote. Él, como cortesano cosmopolita, se sentía desarraigado, participando en una «cultura ajena», con «unas costumbres extrañas». Los molinos eran «como algo siniestro, como algo que insulta a la Naturaleza apacible y tranquila». En contraste con Unamuno y Azorín, ensalzó no solo la naturaleza, sino también la vida campestre. La vida sencilla de algunos pastores le parecía «casi paradisíaca», y propuso, por lo tanto, hacer más a menudo «peregrinaciones profanas a los santos lugares que fueron albergue de las gastadas energías españolas». Para poder

⁶⁶ Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, cit., págs. 511-516 y 522-528.

⁶⁷ Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida*, Madrid, Imprenta Alemana, 1905, págs. 435-443 y 576, y «Discurso-resumen», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario ...*, cit., págs. 473-485, especialmente 477-478.

⁶⁸ Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra...*, cit., págs. 404, 443-448, 488, 501, 562-564, y Navarro Ledesma, «Discurso-resumen», cit., pág. 479.

asimilar las innovaciones de fuera, era preciso conocer y cultivar lo característico del propio país, y para él, la originalidad española se había conservado mejor en el campo, en el pueblo llano.⁶⁹ Sin embargo, aunque el pueblo era bueno en sí mismo y era consciente de lo que quería, para Navarro Ledesma la situación no había mejorado mucho. Ya desde los tiempos de los Reyes Católicos el problema de España consistía en la falta de unidad entre «acción» e «ideal». Así, mientras los conquistadores se habían agotado en acciones brutales, los místicos se hundían en sus celdas. El autor no sabía muy bien cómo podría ser restablecida esa unidad. Hacía un llamamiento para reencontrar un ideal común, y algunas veces vislumbraba el nacionalismo como solución o la posibilidad de un hombre fuerte que supiera conducir al pueblo.⁷⁰

La solución preferida, que también era la de Palomero y Unamuno, consistía en la imitación de Don Quijote. Cervantes, que primero había sido «el superhombre de la acción» y después el de la idea, había intentado unir la idea y el hecho, y en su obra maestra lo había conseguido plenamente. Don Quijote y Sancho, por ejemplo, podían ser comparados respectivamente con «la razón pura» y «la razón práctica» de Kant. No obstante, Cervantes era superior a Kant ya que, por la influencia mutua entre el amo y el escudero, había logrado una armonía nueva, una síntesis superior a esta dicotomía kantiana. Tampoco Nietzsche pudo con el autor español, ya que Don Quijote, el «superhombre» de Cervantes, no se separaba del vulgo como Zarathustra, sino que se aproximaba a él. Navarro Ledesma concluyó que, tanto como en la vida humana, el libro contenía «un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío».⁷¹

Desafortunadamente, Cervantes no había conseguido restablecer también la unión ente acción e ideal en el país entero; de ahí que Navarro Ledesma abogara por una imitación de Don Quijote. Al un punto de vista personal, su «libertad con riesgo, con grandeza y bravura» podía servir como ejemplo. Además, el caballero de la Mancha podía, como un «Padre común», liderar la lucha por el renacimiento nacional. Otra vez el llamamiento adquiriría rasgos religiosos y Cervantes y su Don Quijote obtuvieron dimensiones casi divinas: «Nuestro Padre y Señor Don Quijote nos dará su bendición, y su creador el divino, el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, nos otorgará el mayor de los dones del Espíritu humano [...] el don [...] de la redentora Alegría».⁷²

En contraste con Azorín y Unamuno, Navarro Ledesma no se ocupó de sus propios sentimientos y problemas. En sus escritos los problemas de España eran primordiales. Además, su exaltación de Don Quijote era aún mayor que la de Unamuno. Sin embargo, aunque sus discursos tuvieron mucho eco, él tampoco logró unir a todos los oyentes. En la conferencia en Alcalá, por ejemplo, Navarro Ledesma puso a Cervantes por encima de san Ignacio y santa Teresa, lo que originó murmullos entre los muchos clérigos que asistieron al acto, y uno incluso quiso agredir al orador. Al parecer, Navarro Ledesma buscaba el escándalo, ya que en su discurso final en el Ateneo, sentado entre dos políticos liberales de primera fila, el presidente del Ateneo Moret y el conferenciante anterior, Canalejas, ya no atacó al clero, sino que arremetió contra la clase política, «los *cucos* que en España han sido y han gobernado, y han mangoneado, y se han aprovechado hasta hundir a la nación en la vergüenza y en el descrédito».⁷³

⁶⁹ Francisco Navarro Ledesma, «La tierra de Don Quijote», *Blanco y Negro*, XV, 731, 6 de mayo de 1905, y «Discurso en la Universidad Complutense, Alcalá de Henares, el día 10 de mayo de 1905», en Miguel Sawa y Pablo Becerra, *op. cit.*, págs. 297-305, especialmente 297.

⁷⁰ Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes...*, cit., pág. 455; «Discurso en Alcalá», cit., págs. 300-301; «Cómo se hizo el *Quijote*», en *El Ateneo de Madrid en el III centenario de la publicación de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cit., págs. 1-85, especialmente 35-39, y «Tierra de Don Quijote», cit.

⁷¹ Francisco Navarro Ledesma, «Discurso en Alcalá», cit., págs. 301-303, y *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes...*, cit., págs. 571-573.

⁷² Francisco Navarro Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes...*, págs. 576, 429 y 449; «Discurso en Alcalá», cit., pág. 303, y, sobre todo, «Discurso-resumen», cit., págs. 474-476 y 480-481.

⁷³ Francisco Navarro Ledesma, «Discurso-resumen», cit., págs. 479-480. Véase también Carmen de Zulueta, *op. cit.*, págs. 175-192.

Navarro Ledesma opinaba que el hombre no se debía dejar llevar por la promesa de un más allá ni debía perseguir meras posesiones terrenales; no tenía que subordinar la existencia a dogmas religiosos ni al bienestar material, sino que debería ser el propio ser humano el que diera forma a la existencia. La vida, según la teoría de estos jóvenes «vitalistas», era el fin más elevado. Cada uno tenía que buscar su propio camino, vivir su propia vida, sin dejarse influir por convenciones sociales o dogmas religiosos. Y este mismo objetivo también era válido para la nación que, al fin y al cabo, era un conjunto orgánico: un país debía seguir su camino sin dejarse influir demasiado por el resto.

Con ello se pone de manifiesto que el nacionalismo exaltado tenía su origen en el vitalismo.⁷⁴ Pero solo se podría empezar a ver la propia existencia como el fin más elevado cuando el cristianismo ya no fuera un asidero y después de que hubiera desaparecido la fe en el progreso, en el adelanto continuo —material y moral— promovido por el creciente uso de la razón. Además, tras perder el asidero que ofrecía la perspectiva de un mundo mejor, ya no se podía rehuir la cuestión de la propia identidad. La sensación de formar parte de un conjunto más grande con una tradición gloriosa todavía podía ofrecer algo de consuelo. Y, además, poniéndose al servicio de la patria, se le podía dar un sentido a la propia existencia. O, como ya había dicho Ramiro de Maeztu en febrero de 1903: «Polvo somos y en polvo nos convertiremos, pero no nuestra Patria: nuestro sacrificio no puede ser estéril».⁷⁵

La idea de que la vida misma, tanto personal como colectiva, era el valor supremo, con personalidades fuertes —como la de Unamuno, por ejemplo— podía tener como resultado una actitud abierta hacia fuera. Digiriendo las innovaciones externas que concordaban con el carácter propio se podía fortalecer y enriquecer la personalidad individual. Así, una nación, sin forzar sus peculiaridades y características, también podía aprender del extranjero. Sin embargo, para los que no se sentían fuertes, las influencias de fuera podían convertirse en amenazas susceptibles de contaminar fatalmente el propio modo de ser. El nacionalismo «vitalista», por lo tanto, también podía degenerar en un españolismo reactivo, luchando contra todo lo que pudiese poner en peligro la pureza del alma española, como ocurrió en los años treinta.

En resumen, las conferencias que se impartieron en el Ateneo de Madrid con motivo del centenario del *Quijote* en 1905 no solo son una colección de ensayos curiosos, interesantes y a veces muy originales, sino que también representan un importante acontecimiento en la historia política y cultural de España. Así, se podría decir que en el Ateneo se llevó a cabo, a pequeña escala, el relevo generacional que también se estaba produciendo en la vida cultural del momento. La generación anterior no mostró, en general, demasiado interés por participar en la conmemoración, circunstancia que dejó el terreno libre a los jóvenes. Sus principales representantes, Miguel de Unamuno, Azorín y Francisco Navarro Ledesma, se convirtieron así en los verdaderos protagonistas intelectuales del centenario. Se apropiaron de la herencia de Cervantes, proclamando héroe «vitalista» a su personaje Don Quijote, quien a pesar de todo había luchado para realizar sus propios ideales en un mundo fundamentalmente incognoscible y sin sentido.

El centenario, que fue concebido por sus propulsores como un acontecimiento culminante para el nacionalismo liberal, terminó siendo el comienzo de su declive, aunque al tiempo, y en buena medida dentro de los muros del Ateneo, nacía un nuevo tipo de nacionalismo. Este nacionalismo integral ya no defendía la necesidad de unir las fuerzas para aprender del exterior y mejorar la situación del país, sino que abogaba por el crecimiento orgánico de España, teniendo en cuenta, en primer lugar, las características de la nación. Por consiguiente,

⁷⁴ Hay que tener presente que la crisis del fin de siglo, de la que salió la Generación del 98, era una crisis europea y, por lo tanto, solo estaba relacionada superficialmente con el Desastre. Véase, para un análisis exhaustivo de esta crisis finisecular en España, Pedro Cerezo Galán, *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003, y Eric Storm, *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio del siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

⁷⁵ Ramiro de Maeztu, «Ceniza», *Diario Universal*, 25 de febrero de 1903.

el examen de la propia identidad nacional se convirtió en uno de los temas principales de la nueva generación, dando sus frutos literarios y filosóficos de primer orden durante el año conmemorativo de 1905.